Caja 306-nº 6294
Caja 541-nº 2059

J. TEJÓN Y RODRÍGUEZ DE LA GRANDA

POEMAS BREVES

ENSAYOS EN VARIOS TONOS

CON UN PRÓLOGO

DE

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

Precio: DOS pesetas.

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1890

Caja 541-12059

ENSAYOS EN VARIOS TONOS

MADRID, 1889.—Est. Tip. de Ricardo Fé, Olmo, 4.

ENSAYOS

EN VARIOS TONOS

POEMAS BREVES

POR

J. TEJÓN Y RODRÍGUEZ DE LA GRANDA

CON UN PRÓLOGO

DE

J. ORTEGA MUNILLA

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1890

ES PROPIEDAD

AL QUE LEYERE

Es costumbre general entre los que escriben prólogos, encabezar su trabajo con un largo estudio histórico-crítico del género de que se trate, remontándose á los antiguos griegos y haciendo gala de profusa ciencia. Debe ser este sistema tan antiguo, que ya Cervantes en el prólogo del *Quijote* satirizaba lindamente á los que, echando mano de una erudición fácil y prestada, dábanse tono de sabios. Los que tal hacen suelen rematar sus prólogos dedicando unas cuantas líneas al pobre autor que ha tenido la desdicha de caer en sus manos de crítico y concediéndole alguna limosna piadosa de elogio. La vanidad autora de tales prólogos, necesita un pedestal para exhibirse y después de levantar mediana montaña de citas anacrónicas é ino-

portunas coloca debajo de sus pies al poeta ó al novelista que se había puesto al amparo de la reputación de su padrino.

Por esto, tengo odio mortal á toda especie de prólogos y los considero inútiles y perjudiciales. Si es tanto su mérito que valga la pena de leerlos, quitan interés al libro á que sirven de portada, y si son malos, con el peso de su enfadosa sabiduría arrastran al abismo á la obra nueva. Más quiero yo y prefiero que las inspiraciones del literato salgan libremente de su alma, y cual aves de prodigioso vuelo se remonten á las alturas en vez de ir acompañadas de otras aves que si son espertas por la práctica del arte, no tendrán, sin duda, el prestigioy los arranques de la juventud.

Por fortuna mía y de los lectores de este libro, no se trata en la ocasión presente de un prólogo.

El Sr. Tejón y Rodríguez, autor de las poesías que titula modestamente *Ensayos en varios tonos*, es ya conocido y estimado, si no de todo el público, de aquella parte selecta y escogidísima de él, formada por los maestros. Entre los que le han tributado justos elogios por la alteza de sus inspiraciones, por su erudición literaria, clásica y del mejor gusto, y por su rima opulenta y gallarda, pudo escoger á

uno que escribiese las primeras páginas de su obra; y cualquiera de los escogidos habría de ser tal, que su solo nombre sirviese de magnífico átrio al elegante templo literario construído por el vate malagueño.

El haberme designado para dilatar el gusto del lector, sólo puede atribuirse á un capricho de poeta, y no digo que al cruel alarde con que el héroe griego se hacia preceder en las fiestas de su triunfo de alguna víctima, porque en la leal amistad y en el nobilísimo carácter del Sr. Tejón y Rodríguez no caben tales ideas y solo apunto esta versión porque verdaderamente no sé á que atribuir una distinción que me sonroja y me enorgullece.

He aquí como en el caso de ahora el prologuista debía ser prologado por el poeta, pues le sobran á éste los méritos que faltan á aquél.

Al aceptar el honor de la designación, no quiero hacerlo sin protestar, y desde luego me resisto á todo lo que sea escribir prólogos y me niego redondamente á rebuscar en los viejos libros retóricos ni en los modernos diccionarios enciclopédicos, esa erudición conque no me sería imposible revestirme haciendo danzar en una zarabanda crítica á Píndaro y á Víctor Hugo, á Teócrito y á Tennysson, á Juvenal y á Quevedo. Lo que sí haré es dar cuenta al público de la impresión

que me ha producido la lectura de las poesías del Sr. Tejón y Rodríguez. Ya que he tenido la fortuna de leerlas el primero, tenga también la satisfacción de expresar las ideas que han hecho germinar en mi alma.

Conocía ya la fácil musa del Sr. Tejón por su precioso librito *La Catedral y la Patrona de Málaga*. Había saboreado con deleite las hermosas estrofas conque canta las glorías del templo malagueño y describe

> Las bóvedas, columnas, hornacinas,
> zócalos y cornisas y frontones,
> altísimas arcadas,
> resaltos, archivoltas peregrinas,
> pilares, rosetones,
> y la ornamentación de las portadas

de aquella catedral insigne; había experimentado también la dulce emoción de lo místico que el autor sabe arrancar á quien le leyere, narrando las glorias espirituales de la Virgen de la Victoria; pero no imaginaba que al titular el Sr. Tejón este tomo de poesías *Ensayos en varios tonos*, correspondiese de tal manera el epígrafe con el texto, que pudiera al mismo tiempo hallarme con el poeta de los grandes ideales de la fe y del patriotismo y con el delicado y perspicaz disecador de los sentimientos humanos. Aquella musa que re-

vestida con el ropaje clásico recorre el templo de Málaga, y por la corrección de sus líneas no parece sino otra de las estatuas que el genial cincel arrancase al mármol para galardón de un altar, he aquí que me la encuentro risueña y festiva, donosa y alegre describiendo las regocijadas costumbres y aun burlando los pintorescos desvarios de aquella corte del buen rey D. Felipe.

La diferencia de los asuntos que sirvieron á su inspiración; la diversidad del metro; la variedad riquísima que sabe imprimir á cada uno de los temas, una imaginación pródiga de conceptos, sólo se dan en casos excepcionales y sólo los encontramos de raro en raro en poetas de original y personalísimo genio.

Periquito entre ellas es un cuadro de las costumbres de aquella corte antes citada, y el poeta nos presenta á su héroe como un

> ...chico retozón que ya tenía
> cuando colgóse la luciente aljaba
> once años, más tres de picardías.

La vida aventurera y liviana de *Periquito entre ellas*, es para el Sr. Tejón á modo de hilo de Ariadna que le lleva por el laberinto misterioso y ameno de aquella corte poblada de héroes y enamorados; de virtudes á lo místico y de pecadoras á lo profano; de Venus

con guardainfante y de Martes de perfumados bigotes.

La demostración de que el poeta pinta siempre cuadros verdaderos está en las notas que acompañan al poema y que hacen reposar cada una de las escenas inventadas sobre algún hecho cierto de los que narró el cronista de aquellas costumbres livianas á par de heróicas.

Comenzar la lectura de *Periquito entre ellas* es hacerse esclavo del poemita, sin dejarle un punto hasta verle terminado. ¡Con qué riqueza de colores esmalta el cuadro el autor!

Dentro de la sobriedad de matices propios de los escritores clásicos, sin echar mano de esos chafarrinones multicolores conque los pintores *pseudo fortunyanos* suelen embadurnar sus lienzos, da siempre la pincelada exacta, lo que llaman los franceses la *nota justa*, y así consigue el efecto admirable de trasmitir al lector la impresión propia, ó lo que es lo mismo, el triunfo más difícil de lograr entre cuantos intentan trasladar las imágenes de su alma al mundo exterior.

Para exteriorizar la impresión que me ha producido este poema, he de decir que mientras recorría sus líneas creía estar contemplando un cuadro de Velázquez: *Las meninas*.

Aquellos monstruosos seres que divertían los ocios de príncipes degradados y aquel co-

lor de la realidad que el pintor maestro de los pintores, supo dar á sus lienzos, adviértense en *Periquito entre ellas*, acreditando en el Sr. Tejón una impresionabilidad estética tan exquisita y difícil de alcanzar, cuanto que es lo que distingue al que nace artista del que con forzudos empeños y tenaces estudios intenta convertirse en poeta.

Vuela la inspiración del nuestro sobre el asunto más escabroso, sobre la escena de mayor peligro para quien quiere escribir honestamente, y sus alas de mariposa, tocando delicadamente el cieno, nunca se manchan, antes por el contrario, consigue un nuevo esplendor y un relámpago nuevo de belleza en cada uno de estos descensos, desde el alto ideal, á la realidad baja y grosera.

La frase feliz, oportuna, que sintetiza una situación, que pinta un carácter, que reseña con unos cuantos vocablos una pasión, brota á menudo de la pluma del vate y si hubiéramos de citar todas ellas necesitaríamos reproducir íntegro el poema.

El primer desengaño de *Periquito entre ellas*, arranca á la musa de nuestro autor una frase de ejemplar belleza:

> ...Pedro no la increpó por su inconstancia
> y á su lado sintió la repugnancia
> que tal vez causa al lirio la babosa.

Al tropezarse el poeta con cada uno de aquellos caracteres degradados de la corte, los retrata con una concisión digna de Tácito. Así al hablar de una doña Ana de Esquibel, dice que era

> ...como la reina Pasifae
> capaz de enamorarse hasta de un toro.

Y cuando el héroe tras gloriosa campaña regresa á la corte, nos le pinta con admirable color diciendo:

> ...y entra en Madrid en viernes, con usado
> traje glorioso rojo y amarillo
> de los tercios, el fieltro desplumado,
> ancha tizona y mal rocín tordillo.

De género completamente distinto al poema de que me ocupo, es otra poesía titulada *Las malagueñas.—Trazos á la pluma.*

No entona el Sr. Tejón las excelencias de

> «...esas coplas discretas, chispeantes,
> desahogos del alma,
> poemas que modula y que repite,
> y sin borrarlos guarda,
> el corazón, fonógrafo que mueve
> el dios vendado al sacudir sus alas.»

Habla de la mujer nacida en Málaga y hace de ella un admirable retrato en que se mez-

clan los esplendores de una rima fácil, entonada y riquísima por su número, con el ligero ir y venir juguetón de un ingenio sonriente y gracioso.

La originalidad de esta poesía es tal, que acaso no se encuentre otra conque compararla. Esta poesía parece escrita sobre un pañuelo de Manila, con pluma mojada en el azul del cielo.

Entre los elogios conque el autor colma á sus paisanas, descúbrense en acabada síntesis escenas y costumbres populares y se ve surgir entre las páginas del libro la hermosa y gallardísima figura de la mujer malagueña, cuya belleza y donaire son famosos desde que el mundo es mundo.

Las malagueñas revelan una riqueza en la rima fastuosa é inagotable; parece que el autor ha buscado las dificultades de dicción para vencerlas y ha gustado de crearse obstáculos para proporcionarse la alegría de pasar sobre ellos

Es también una hermosa obra el poema *Duración de una hora.*

En éste se adivina la influencia del poeta Campoamor, quien no desdeñaría firmar una composición originalísima que analiza con delicada observación los amores de una monja, penetrando en lo más íntimo del corazón fe-

menino. Preséntanos el Sr. Tejón á la protagonista

...en un sitial de clavos tachonado,
trono de su candor, Constanza era
lo más digno de ver del locutorio.

Sale del convento la educanda para asistir á los esponsales de su hermana Cecilia con D. Gonzalo y mirándose en un espejo

...se encuentra más bella que otra alguna
viendo de su atractivo débil copia
en la casi eclipsada vieja luna
de antigua cornucopia,
puesta entre relicarios en el coro,
cuando sus perfecciones una á una
hace el sol resaltar con rayos de oro.

Ni Gonzalo ama á Cecilia, ni ésta siente atracción ninguna hacia el gallardo mancebo. Hállase cercano el momento en que deben enlazar sus voluntades y se miran con absoluta indiferencia.

«...No han jurado y parecen ya perjuros.

Pero he aquí que Cecilia enferma y muere. La boda se convierte en funeral, bien es verdad que más funeral parecía que boda desde un principio, y Constanza vuelve á su convento llevando eterna memoria de la dura-

ción de una hora que ha pasado cerca de don Gonzalo. Mas no imagineis que el poeta se aprovecha de estas circunstancias para trazar una serie de escenas románticas en que hubiese enamorados diálogos á través de las celosías del locutorio, ni una escala de seda pendiente del alto muro conventual, ni una fuga, ni un sacrilegio, que vendria pintiparado para dar gusto á los espíritus sensibles y profanos; nada de eso: Constanza, vuelta al santuario y

> ...tan discreta como afable
> y en opinión de santa,
> por su edad respetable,
> murió de jubilada superiora.

La *Duración de una hora* ha bastado para que la monja lleve perdurables imágenes en su memoria y dulces remordimientos en su conciencia, y ha bastado también para que el Sr. Tejón y Rodriguez analice el misterioso arcano de esas sensaciones de amor que nacen al choque de dos miradas y deciden del porvenir de dos amantes.

Gallardamente traza el poeta el escenario de esta acción, las costumbres de la época señoriles y arcáicas, la dignidad de los viejos mayorazgos, que hacian de cada uno de sus hogares otras tantas cortes aparatosas y solemnes; el trasunto de un siglo que pasó.

Así en este poema como en *Periquito entre ellas*, acredita el Sr. Tejón un arte extremo para hacer revivir las costumbre pasadas. Sabe apoderarse de los rasgos más salientes, de los detalles más fisionómicos, y sabe retratarlos con la palabra más propia y con el giro más adecuado, haciendo correr por entre las líneas un raudal de ingenio alegre y humorístico á que sirve de cauce la digna y severa corrección de la literatura clásica. Hay momentos de *Duración de una hora* en que el poeta llega á la más alta y perfecta expresión literaria. No es posible expresar mejor una idea ni representar más propiamente una escena.

Remembranzas de la era morisca hicieron temblar las cuerdas de la lira de nuestro vate y *En siete suelos* evocó á los Abencerrajes y á las Hafsas y Nazhimas de la Alhambra.

«Muchas lunas pasaron: no sestea
ni un bereber del Darro en las orillas,
no esperan al muslim ocultos goces
detrás de las caladas celosías:
tan solo en los morunos ajimeces
embalsamadas ráfagas suspiran
y en la histórica torre de Comarés
¡cantan las golondrinas!»

¡Que hermosa estrofa! ¡Que intensa melancolía conmueve su ritmo! Obra felicísima del poeta no es posible sustituir una palabra por otra. Un solo aliento le produjo y vibra en el aire como dulce música de prolongados ecos.

Las golondrinas que cantan en la torre de Comarés no sólo recuerdan al poeta los placeres del Generalife, las beldades ocultas por su dueño el sultán á las miradas de los demás hombres, el encantado retiro de las flores donde sólo se escucha el ruido que hace el agua al gotear en la taza de mármol orlada por inscripciones alcoránicas. También recuerdan días tristes y luctuosos para la morisma, cuando la ola invasora de la cristiandad golpeaba furiosa en los muros de Granada acabando por inundar aquellos encantados recintos.

Para reunir las impresiones de esta fecha memorable el Sr. Tejón y Rodríguez ha escrito *La Rendición de Granada*, que obtuvo un premio en el certamen celebrado en Mayo del año 80 en aquella ciudad. Este canto épico responde á la misma inspiración que trazara la vagarosa y fantástica silueta de la catedral de Málaga y evocase las glorias de aquel templo cristiano. La rotundidez musical de la poesía tiene en ocasiones el timbre

sonoro de un himno militar y créese oir el ruido de los clarines convocando á los combatientes y el choque de los aceros cuando la batalla confunde á muslimes y castellanos en espantosa mezcla de golpes y sangre. Vése á lo lejos el desfile de las lanzas cristianas, en cada una de cuyas moharras pone el sol un reflejo; las cimeras de los caballeros adornadas con gentiles plumas que ondean al viento el polvo que levantan las caballerías al tomar al galope las llanuras de Santa Fé y de la Zubia.

Dentro del género descriptivo á que pertenece esta poesía, ha cumplido el autor con todos los preceptos retóricos, con todos los dictados del buen gusto y con todas las leyes que promulgaron los poetas más famosos.

¿Quién vencerá? ¿Los que apellidan la fe cristiana y asaltan la ciudad granadina, ó los que defienden sus pensiles misteriosos, sus palacios mágicos y la fe de Mahoma? ¿Será posible que el genio que dió vida á la Alhambra, que supo evocar á los gnomos para que trabajasen aquellos muros de laceria y aquellas paredes de encaje deje abandonada á la espada cristiana su obra?... ¡Cumpliráse otra vez más una ley de la historia y de la vida que sintetiza el poeta galanamente al decir:

—Paloma del pensil de los placeres
¿por qué tiemblas?—El águila orgullosa
va á asaltar nuestro nido.—No lo esperes.
—¡Se cernió tantas veces victoriosa!
—Sus alas cortarán mis bereberes.
—La fortuna y la dicha cual la rosa
dan, Boabdil, su frágancia regalada,
y hoja tras hoja vuelven á la nada.

No, no vuelve á la nada; queda eternamente en la memoria de los hombres, y sirve de nuevo recuerdo y de estímulo al gusto de recordar inspiraciones como ésta, que no hubiera nacido en la mente del poeta á no haberla herido el espectáculo de aquel alcázar prodigioso y sin ejemplo y de aquella guerra romántica y legendaria.

Tales son las obras que forman el volumen cuya lectura vais á comenzar. No es facil encontrar todos los años un libro nuevo que como éste responda á los dos prestigios más valiosos del arte literario, la abundancia de ingenio y la riqueza de la forma.

Y sirva de explicación á mi osadía encabezando libro tan notable, la gentil desenvoltura que el cuento refiere de aquel mancebo que, sin tratar á los dueños de una principal casa donde se celebraba un sarao, se atrevió á presentar en ella á otro joven, ambos completamente desconocidos del magnate que

obsequiaba á sus amigos con la fiesta. Entró en el salón, donde los músicos se preparaban á entonar el primer rigodón, y acercándose al dueño de la casa hizo la presentación del amigo que le acompañaba, y como el noble señor le preguntase:

—Y á usted ¿quién le presenta?

É! contestó:

—A mí no me presenta nadie porque me marcho en este momento.

J. Ortega Munilla.

A vosotros, hijos míos, que, tiempo hace, queréis ver reunidos algunos de mis pasatiempos como impenitente versificador adocenado, os dedico este exiguo librejo. Pocos lectores ha de tener, pues la forma rítmica es género sin salida en esta época del prosaismo aventador de las musas. Hoy se considera artificio trivial el encadenamiento de vocablos que, sin fusas ni corcheas, tiene algunos bemoles; y no deja de repetirse enfáticamente que en la música de la poesía vibra la nota femenina, hiriéndose con el ridículo sus arranques, sus entusiasmos y sus galas, frecuentemente motejadas como arcáicas.

En mi adolescencia—mucha tinta he malgastado después—durante el génesis de esta vocación de coplero, dije para mi capote, parodiando á Espronceda: «Yo con pasar mi tiempo me contento.»

Muchas horas, ilusiones y pesetas llevo perdidas entre estudios y tentativas que para nada útil me han servido. Escarmienten, pues, en mis canas los

que se sientan con inclinaciones análogas, y dediquen sus fuerzas intelectuales á trabajos de mayor provecho.

Se os antojó sacarme á la vergüenza: sin ahondar en el revuelto cajón de cuartillas emborronadas, exhumo algunos papelotes antiguos —para muestra basta un botón— y cedo á vuestras exigencias. Debilidad de padre cariñoso.

Si algún mal me viniere por esta condescendencia, perdonados quedáis de antemano, y como vuestro afán nació de uno de los afectos que más dignifican al hombre —el filial— siempre seréis bendecidos por vuestro padre, que entrañablemente os ama,

El Autor

I

PERIQUITO ENTRE ELLAS

PERIQUITO ENTRE ELLAS

I

Hijo de un hidalgüelo entrometido
De lengua más activa que los brazos,
Que escudos poseyó sólo en pintura
Pues nunca en faltriquera dieron ruido,
Y que—como una plaga—sin hartura
Vivia—frase de hoy—de dar sablazos,
Se ve en festejos reales un Cupido:
Amor de farsa, impúber pequeñuelo
Que en la corte del rey galán y vate
Y por ciertos servicios á un magnate
Consiguió introducir dicho hidalgüelo.

Pedro Ruiz de Velasco se llamaba
El chico retozón, que ya tenía
Cuando colgóse la luciente aljaba
Once años, más tres de picardía:
Su madre fué una Venus misteriosa
Que nada á la verdad tuvo de diosa,
Y caso omiso del rapaz hacía;
El cual, sin instrucción, sin alimento,
Algo de ésto buscóse, vivaracho,
En aulas y bazofias de un convento:
Por ende con pausado crecimiento
Parecía muy niño aquel muchacho.

Como el sagaz Cupido tanto puede
Y, aunque vendado, triunfador domina,
A su imagen, Perico, y semejanza
De la cámara real á la cocina
Ganóse voluntades con presteza,
Por mejorar de traje y de pitanza,
Y al cabo entró al servicio de una Alteza.
Ropilla de tabí, gola de encajes
Ostentó, sin cesar acariciado
El que en palacio penetró con alas,
Y vióse de las hembras tan mimado
Que besos y confites como gajes
Recogió en aposentos y antesalas
Con asombro y envidia de otros pajes.

Cual pez dentro del agua, Periquito,

Que así luego nombrado fué por todos,
Pasó algún tiempo, engalanado, ahito,
Entre obsequios, caricias, confidencias,
Y con mejora de su faz y modos,
Ensanchando su radio de influencias.
Enanos y meninas y bufones
Mantenían con él inteligencias,
Y aun cuando eran llamados *sabandijas*,
Como no andaban siempre por rincones,
Captarse procuró sus voluntades,
Dando como posibles ilusiones,
Chistes enalteciendo y cualidades.
Probado está que el pez tenía escamas
Y si bien le escocieron arañazos
Casuales, de punzantes alfileres,
Agitándose en torno de las damas
De más copete ó bien de sus doncellas,
Por su afición á estar entre mujeres
Ganóse un mote: *Periquito entre ellas.*

II

De pronto en aquel sér aun desmedrado
Opéranse fenómenos internos;
Receloso aparece, reservado;
Su voz y su infantil fisonomía

Altéranse también, bulle anhelosa
Queriendo alas tener su fantasía,
Crisálida que aspira á mariposa:
Y alrededor, en giros turbulentos,
Cuando con lentitud se acerca el día,
Rarísimos, extraños pensamientos
De su cerebro escapan, á él refluyen
Ó se agitan en torno á su almohada,
Pareciendo murciélagos que huyen
De la luz cuando asoma la alborada.

Horas de excitación y desvarío
En que fantasmas desfilar veloces
Suele entrever calenturiento el paje;
Hermosuras de espléndido atavío,
Tapadas que al pasar le brindan goces
Ó que se mofan de él y como ultraje
Oyendo sus pueriles donosuras
Lo hieren con miradas de desvío;
Y toman carne en su mollera á veces,
Y palpitan marmóreas esculturas
De su pecho al compás de los latidos,
Incitantes mostrando desnudeces
Cual tesoros, imán de los sentidos.

Ya desfallecimientos, ya alegrías,
Ya relampagueadoras tempestades
Al chico impiden descansar en calma;
Ya no le satisfacen niñerías,

Y sintiendo atracciones misteriosas
Que á abismos suelen empujar su alma
Inquieta entre terrores y energías,
Tocando zarzas si á coger va rosas,
Medita en somnolencias, disparates,
Con audacias confunde el heroísmo,
Apercibe su espíritu á combates
Ganoso de deleites y preseas,
Lo erótico recama de ascetismo
Y baraja en su mente las ideas
De honra, placeres, fe y españolismo.

III

Sin darse cuenta de ello Pedro ama;
Su voluntad viril ya se revela;
Ave que del amor siente la llama
Es su imaginación que osada vuela.
Y tiembla y se estremece amilanado;
Mientras más disimula más recela;
Miradas no le dejan satisfecho,
Logrando al fin llevar como enjaulado
Su temerario afán dentro del pecho.

Y se le van los ojos al menguado
Detrás de la que espasmos le produce,

Y también se le van horas y horas
Pensando en cuanto de ella le seduce,
En su esbeltez y gracias tentadoras;
Y el insensato á su favor traduce,
Tomando las casuales por furtivas,
Miradillas que fueron propulsoras
De grandes sensaciones afectivas.

Existe entre *ella* y él una distancia
Que Perico salvar nunca pudiera;
Mas, ¿qué importa? Una lis regia de Francia
—Discurre el necio—en nuestro solio impera
Y hay aquí conde osado que se atreve
A aspirar, vanidoso, su fragancia.
¿Por qué con miedo he de apartar la vista
De su faz de claveles y jazmines
Ni de sus formas, sin igual portento,
Si esclavizado está mi pensamiento
Desde su cabellera á sus chapines?
¿Cómo del corazón que así la adora
Su imagen palpitante ciego aparto
Porque su frente ha de ceñir diadema?
¿Quién me veda querer á mi señora
La augusta hermana de Felipe cuarto?
Y siguió el pobre loco con su tema.

IV

Después de largas fiestas ostentosas
En que volvióse edén el Buen Retiro,
Bajo ramas que crúzanse frondosas
Corre humano juguete de puntillas
Por saber quién ha dado un gran suspiro;
Y oyen labrando nido en la espesura
Esta rara *interview* dos avecillas:
—¿Qué te pasa, infeliz? —*Calabacillas* (*),
En todo te has de hallar. ¿Quién te ha llamado?
—Curiosidad se llama esta figura.
¿De cuál belleza te has enamorado?
Me dispongo á sacarte del apuro.
—Si fueras como listo reservado...
—Guardar reserva hasta la muerte juro.

Y se internaron más en el boscaje,
Deteniéndose al pie de árbol añoso,
Y siguió así la plática: —Buen paje,
Lo que pasa por ti díme en concreto.

(*) Este enano reemplazó á Soplillo ó Soplete, y hubo otros en tiempo de Felipe IV, llamados Sebastián Morra y el Primo, retratados por Velázquez.

—Amigo fiel, envidio tu reposo;
Voy, pues, á confiarte mi secreto:
Ví un día en el *Corral* de las Comedias
Un mujeril semblante primoroso,
Una beldad con voz encantadora.
—Contra ese encanto busca un amuleto.
—Propúseme olvidarla, mas en vano:
Aunque poco cubierta, recatada
Anteayer á presencia de la corte
Representó de Circe... Vil enano,
¿Te ríes? —Sigue, Pedro. —Como al Norte
La brújula, mis ojos su mirada
Buscaron sin cesar...—¿Y algo le has dicho?
—Sólo mi turbación y mis pupilas.—
—Pues no aguardes rendirla á tu capricho:
La vanidad y los deseos ciegan.
¿Qué puedes ofrecerle? ¿Tu persona?
¿Tú sabes, buen Velasco, adónde llegan
Las grandes ambiciones de una histriona?
¿Gargantillas, pinjantes y cintillos
Cuándo le has de enviar, muchacho loco?—
Y los dos se alejaron poco á poco
Y ya no oyeron más los pajarillos.

Nada hay en todo esto que me asombre
Aunque resalta cierta anomalía:
Como muchos estoy en el secreto:
Víscera hueca el corazón del hombre
Tiene, aunque esté por el amor repleto,

Válvulas de traición y alevosía.
En honda cavidad á la esplendente
Efigie virginal de una María
Como en bordado relicario daba
Culto interno el novel adolescente;
Y entre el *tic tac* cardiaco se encumbraba
De otra del mismo nombre la figura
Sobre la cavidad más musculosa.
¿No se ven cultivar en tierra impura
y á un tiempo florecer gardenia y rosa?

V

El génesis de afectos sensuales
Daba que hacer y que soñar á Pedro,
Sintiendo en su interior la levadura
Que enturbia con lo real los ideales.
Para pedir la mano de su infanta
Llega á Madrid el príncipe de Gales, (*)
Y con enojo al observar aquella

(*) 17 marzo 1623. Celebráronse luego con gran pompa los esponsales, pero no se efectuó el matrimonio, por causas diversas, y anuláronse los contratos. Este príncipe reinó bajo el nombre de Carlos I y la revolución inglesa lo llevó al cadalso.

Que terco el paje viéndola se encanta,
Le envió en su mirada una centella.

¿Mas qué mujer al cabo no perdona
De que en secreto la amen el delito?
De la altivez la herida no se encona,
Y don Carlos, á ruegos de su hermana,
Tiene otro nuevo paje en Periquito
Que á servir al infante vá sin gana
Con el aspecto de truhán contrito.

Diz que Calabacillas al instante
Le habló así:—Bien conoces ya la tierra:
Prosperarás junto al imberbe infante
E irás, cuando blandir sepas la espada,
Con Ambrosio de Spínola á la guerra,
Mas en lances de amor no sabes nada.—
Sorprendido el doncel á esta pregunta
Limitóse:—¿Por qué me dices eso?—
Respondiendo el enano:—Se barrunta
Que el rey, nuestro señor, perdido el seso
Tiene... ¿no lo sospechas? pues amigo
Paciencia; hasta más ver, no te lo digo.—
Estremecióse Pedro y sujetando
Por el jubón de ante al hombrezuelo
Murmuró:—Si de mí te estás mofando,
Gorgojo ruin, te aplastaré en el suelo.—
Oyendo por respuesta:—La Corona
En lluvia de oro al derretirse cae

(Sólo por tí lo siento) en la Danae
Que hace en su camarín *la Calderona* (*).

Tristísimo, febril, contrariado,
Esperanzas trocando en agonías
Que en peligro pusieron su existencia,
Por el destino adverso fustigado
Quiso el mozo en su pecho lacerado
Impresiones borrar de ambas Marías.
De sus desdichas tuvo la evidencia:
Aspirábanse sólo en el ambiente
Efluvios de placer y devaneos,
Y á bandadas cruzaron por su mente
Con torpes alas lúbricos deseos.

V

Nieta de cierto archero distinguido
Servía en el Palacio una criada
Que si encontrar no consiguió marido

(*) De los amores del rey con la comedianta María Calderón nació el 2.º D. Juan de Austria que tanto figuró como caudillo de las fuerzas españolas, llegando al más alto poder en el decadente reinado de su hermano Carlos II.

Por voluble, exigente, vana y loca,
De cortejantes tuvo gran hornada:
Sus ojos celebráronse y su boca
Con acompañamiento de vihuelas
Pero dejó de ser piropeada
Cuando su faz marcaron las viruelas.

Ya aquella tez de albérchigo dañado,
Ya la nariz, al parecer esponja,
Ya la frente con más de un desconchado,
Los labios cual corteza de toronja
Y los ojos con vivos de escarlata,
No eran causa de eróticos anhelos;
Ya aquel mirar de cazadora gata
Dejó de producir grandes trastornos,
Debiendo no orear más ferreruelos
De la ex-beldad flamenca los contornos.

Vedla: al paje infeliz pone la proa
Con destreza adquirida en sus campañas:
Cual gira fascinado por la boa
Pájaro volantón que al fin se entrega,
Cedió Pedro á atracciones y artimañas
De la astuta sirviente palaciega;
Y al pronto lenitivo á sus pesares
Encontró en el misterio de una estancia,
Entre la intimidad del trato impuro:
Que no siempre escogidos los manjares
Han de ser y á buen hambre no hay pan duro.

Mas ¿quién puede aguardar perseverancia
De oruga, mutilada mariposa?
Pedro no la increpó por su inconstancia
Y á su lado sintió la repugnacia
Que tal vez causa al lirio la babosa.

VI

Era una de esas hembras marimachos
Que son conjunto de ángulos y nervios
Doña Ana de Esquivel: se disfumaban
Sobre su boca asomos de mostachos;
Sus ojos entreabríanse soberbios,
Y á veces—frase nueva—hipnotizaban.
Otro sí; mal sus labios eclipsaban,
Frunciéndolos desdén é hipocresía,
Fieros colmillos como dientes de ajos:
Con Penélope y Dido competía;
Seis lustros, varios títulos tenía
Y un rancio esposo en los Países Bajos.

Nunca de la virtud de tal Condesa
Se ocupó con sarcasmo *el mentidero*:
Falta de encanto al exterior, aviesa
Ni surgió por asomo aventurero
Procaz atentador de su decoro,

Siendo como la reina Pasifae
Capaz de enamorarse hasta de un toro.

Mas el abismo aun cuando asuste atrae;
Y un flúido evaporaban sus retinas,
Astros de irradiación fosforescente,
Que sentir emociones repentinas
Hizo al protagonista impenitente.
Ignoro pormenores, pero el caso
Fué que verde damasco de cortinas
Con terciopelo sobrepuesto y raso,
Bien destacaba luego los perfiles
De una pareja en íntimo coloquio;
Y que, severo, entre guadamaciles
Retratado marcaba el entrecejo
Torvo, amenazador un personaje
Maestre de campo, Santiaguista y viejo
Con gesto de vengar cualquier ultraje.
Susurróse después que incluso guapa
Del veterano Putifar la esposa
Pareció en su mansión á nuestro paje,
Quien puso, sin dejar rastro ni capa,
Rayando el dia pies en polvorosa.

Axiomático es ya por lo corriente·
Suele toda fealdad pasar sus años
Sin ver para un remedio alma viviente
Que trueque en ilusión sus desengaños:
Mas de gustos al fin nada hay escrito;

Lo anti-estético, á veces por amaños,
Hace á algunos caer en el garlito,
Y si halla la fealdad un caprichoso,
Por haber quien á todo se acomoda,
Suelen otros sentir igual deseo.
¿No vemos con frecuencia estar de moda
Lo que antes pareciera absurdo y feo?

Cayó del pedestal de las virtudes
La altiva estátua, resultando arcilla;
Y dúctil acogió con alborozo
Miradas en que vió solicitudes
Y lisonjas en letra bastardilla.
Y cuando á un *primo*-génito buen mozo
Atrajo entre medrosa y altanera
Para dejar al linajudo rico
Cual insecto que oprime la drosera,
Vino á decir al paje: —Ábur Perico.

VII

De bilis y experiencia gran acopio
Fué haciendo entre aventuras cortesanas
El sufrido Velasco; su amor propio
Herían, sin dejarlo satisfecho,
Hembras antojadizas y livianas.
Como rescoldo entre ceniza oculto

Chispeante, en el fondo de su pecho
Cierta imagen llenándolo sentía,
La de una excelsa virginal María
A la que diera silencioso culto,
Y ya marchaba á ser reina de Hungría (*).

Don Carlos, su señor, á los azares
De la guerra y la caza no era dado
En su niñez, y siempre vigilado
Fué por el Conde Duque de Olivares
Por algo que juzgó razón de Estado.
El infante mostraba ser de seso,
Y el suspicaz valido, receloso,
Ideó distraerlo entre placeres:
¿No cedió Salomón al embeleso
Con todo su talento prodigioso
Que producen impúdicas mujeres?
Desde el salón feudal hasta el tugurio
Buscáronse muchachas sin recato,
Con artificio hermosas y doncellas,
Y el Cupido de antaño fué Mercurio,
Ganando siempre en tan sabroso trato,
Y siempre siendo Periquito entre ellas.

Había entre la regia servidumbre,
Sin que apenas contase quince otoños,

(*) Diciembre de 1629. Fué madre de doña Mariana de Austria, segunda mujer de Felipe IV.

Cierta hembra insistente en la costumbre
De clavar en el paje la mirada;
Y hasta los palaciegos más visoños
Se reían de verla enamorada.
Como es innato en la mujer el arte
De expresarse muy bien sin hablar nada,
Y la que tiende redes algo enreda...
Pero voy á fumar. Párrafo aparte:
Ahora diré lo que decirse pueda.

VIII

Cual híbrido producto repulsivo
De misteriosa unión de gnomo y mona,
Sin mostrar de relieve un incentivo
Y aunque bajita haciéndose persona,
Era un estorbo más Beatriz Lecanda
Que ya en los regocijos de la corte
De las meninas figuró en *la tanda*.
Parienta de un Guzmán, y no del Bueno,
(Quizá de alguna rama de Alfarache)
Fué al alcázar con párpados medrosos,
Cara de foca, palidez de heno
Y, sin cejas, ojillos de azabache:
Para filtros mortales amorosos
Creíanla eficaz contraveneno.

En el concierto real de femeniles
Bellezas, nota fué desafinante;
Tocados, joyas, sedas, los perfiles
En uso, el abultado guardainfante,
Hacían resaltar más los defectos
De su cuerpo ruin y su semblante.
Tras anémicos labios enseñaba
Sartas de amarillosos dientecillos;
En vez de hablar y de reir chillaba
Cual si en la lengua aposentase grillos;
Y su espíritu, avaro de ternezas,
A las negras pupilas se asomaba
Dispuesto, en los delirios de su anhelo,
Por alcanzar un fin á hacer bajezas:
Tal vez empobreciendo su organismo
En los espasmos de tenaz desvelo
El endémico mal del sensualismo.

Como sentirse amado lisonjea
Y fué dado á amoríos el buen Pedro,
Y el hombre siempre á la mujer se inclina,
Aunque ésta en su exterior no ostente medro
Ni recuerde la Venus citerea,
La atracción de la carne femenina
Fué al paje aproximando á la menina.

En tumulto imperaban devaneos
Entre las grandes masas cortesanas:
Como en la tarde escúchanse gorgeos

De aves libres, las frases más galanas
Mezclábanse á lascivos secreteos.
Beatriz bogaba envuelta en la corriente,
Creyéndose feliz cual la más bella;
Su boca desfrucía sonriente,
Y en sus ojos radiaba dulcemente
Algo como los guiños de una estrella.

Mas la dicha es fugaz: sin previo aviso
El joven burlador se hizo soldado;
No más manzanas ya de un paraíso
Del que á huir obligábale el pecado.
Víctima de mortal melancolía (*)
Don Carlos, su señor, fué de improviso
En flor despojo de la muerte impía.
Hacerse todo un hombre de provecho
Soñó el ex-paje, en las remotas tierras;
En lances mil ennoblecer su pecho:
Por dentro y fuera se miró con asco,
Y en busca de aventuras y de guerras
Las armas se ciñó Ruiz de Velasco.

Sin sosiego Beatriz, al separarse,
Promesas recibió del fementido
Que logró de sus brazos apartarse
Diciéndole: —Al ganar una gineta,

(*) 30 de junio de 1632. Tenía veinticinco años cuando murió.

Dinero y prez, en mi tendrás marido.-
Y pasó un año y más, y la cuitada
En fragua convirtiendo su chaveta
Y de mofa al servir á las meninas,
Recordó que en la tierra más labrada
Deshójanse las rosas entre espinas.

IX

En Italia y en Francia y en Bruselas
Se fué creando un nombre el voluntario
Que usaba en el avance las espuelas
Y nunca su espaldar vió ni un contrario.
Aprendió pronto á herir entre escuadrones
Que en son marcharon siempre de conquista,
Y, absortos los tudescos y walones,
Lo vieron en distintas poblaciones
A las hembras pasar veloz revista.
Porque es mudable el corazón humano
Cual niño caprichoso y atrevido
Que descubrir pretende todo arcano,
Da á aquello que le hastia pasaporte,
Y abandona juguetes que ha querido
Cuando sorprende y quiebra su resorte.

Siguiendo de su patria la bandera,

Alcanzador de triunfos y ventajas,
Iba Perico haciendo gran carrera
Al son de las trompetas y las cajas.
Cóbrale afecto el Cardenal-Infante,
Llega á Alemania con la hueste fiera
Que hace á caudillo tal que se distinga;
Del Danubio el raudal cruza anhelante,
Y, nervioso, ve el núcleo protestante
Al divisar los muros de Norlinga (*).

La flor de los guerreros de Suecia
Extiéndese y avanza y acuchilla;
Su acometida audaz, rápida, recia
No abate las banderas de Castilla.
De obscuro bosque los dormidos ecos
Responden al fragor de horrible estrago,
Tornando el suelo enrojecido lago
Los ya vencidos moribundos suecos.

Mas voy tomando entonación antigua
Y tanto endecasílabo me cansa:
Que se entregó la plaza lo averigua
El que la historia de Lafuente lea,
Y que del Rhin en la corriente mansa
Su ardor templó al huir la sueca tropa,
Visto que la de España en la pelea
Era invencible, la mejor de Europa.

(*) Septiembre de 1634.

Si bien fué tan gloriosa la jornada
Victimas hubo en la española gente:
Exangüe hallóse á Periquito entre ellas;
De parte á parte lo pasó la espada
Que le hizo en pleno día ver estrellas,
Y un fraile lo auxilió desfalleciente.
Pero aunque le enseñó la muerte helada
Alguna oreja, sin clavarle el diente,
Le hizo que meditase echando cuentas,
Y, en febriles insomnios, el herido
Vió desfilar mujeres de deshecho,
É hizo un voto: cumplir lo prometido
Si el cirujano le soldaba el pecho.

X

Sin saber del infiel pasó tres años
Beatriz que más y más languidecía,
Y al devorar afrenta y desengaños
En inquietud su espíritu, sentía
Ráudo flujo y reflujo de emociones,
Éxtasis que produce la agonía:
Sufriendo en progresión palpitaciones
Era lava su sangre en cada arteria,
Mal hallándose el alma en las prisiones
De tan pobre antipática materia.

Aunque sin prometérselas felices,
Ya se aproxima el pecador contrito
A cumplir la espontánea penitencia,
Dispuesto á consagrar sus cicatrices
A la menina, especie de palmito,
Que lo amó con sobrada incontinencia.
Las alas va á cortar á su albedrío
Dejándolo encerrado en la conciencia,
Espéranle el sarcasmo y el hastío;
Ya siente el espeluzno de la angustia,
Y marcha más despacio y se consume
Pensando:—De una flor que se abre mustia,
¿Quién aguarda belleza ni perfume?—
Y á medida que avanza se desvela
Más desilusionado el buen mancebo:
¿Qué alondra *motu propio* se encarcela?
¿Qué pez pescar se deja si no hay cebo?

Y sintiendo en su sér como escozores
De punzantes ortigas interiores
Entretanto que á solas se querella,
Medita que al sumarse dos factores,
La carne de él y el nervosismo de *ella*,
Bendecida esa unción que forma un todo
Sentiría otros íntimos placeres
Sin el fermento del impuro lodo,
Forma en su hogar tomando nuevos séres.

Y entró en Madrid un viernes, con usado

Traje glorioso rojo y amarillo
De los tercios, el fieltro desplumado,
Ancha tizona y mal rocín tordillo.
Y al preguntar, aunque de mala gana,
Por Beatriz, supo el joven asombrado
Que murió, al parecer de un tabardillo,
El lunes: buen principio de semana.

XI

Algún pesar, algún remordimiento
Sintió el que hiciera un día de Cupido,
Densa nube entoldando el pensamiento
Que lo condujo al porche de un convento
Donde sayal ciñóse, arrepentido.
Pocas noches después llegó á Palacio
Cierto conde con suerte en la milicia,
Exclamando: —¡Señores, gran noticia!
—Venga—un gran corro díjole.—Despacio.
—Ved que ya ardiendo estamos en deseos,
Interrumpióle su mejor amiga.
—Hablad pues—prorrumpieron—Que lo diga
Y servirá de animación al baile.
—Ya tenemos á...—Conde, sin rodeos.
—Periquito hecho fraile.

II

LAS MALAGUEÑAS

LAS MALAGUEÑAS

TANTEO Á LA PLUMA

No es el cantar ó *cante* de la tierra
Que de María Santísima se llama;
No esas coplas discretas, chispeantes
Desahogos del alma,
Poemas que modula y que repite
Y sin borrarlos guarda
El corazón, fonógrafo que mueve
El dios vendado al sacudir sus alas;
Gorgeo, arrullo, queja por la Musa
Del sentimiento y la pasión lanzada,
Música que no hay notas que la encierren
En estrecho pentágrama;
No son *las malagueñas* que *urbi et orbe*

Gozan de justa fama
Y obligan á sentir hasta á las cuerdas
Vibrantes que sus *dejos* acompañan,
Y recrean, conmueven, repercuten
En los senos recónditos que ensanchan
Haciendo que las *divas* desafinen,
Audaces al querer falsificarlas;
No son esas cadencias las que intento
Celebrar con mis trovas entusiastas,
Son eximias mujeres andaluzas
Tipos de perfección y de elegancia:
Alcista pertinaz de sus valores,
Dispuesto á entrar por ellas en campaña
Derrocharé el caudal de mis ideas
En «palabras, palabras y palabras».

Aunque incorrectos marque
Los rasgos con que aspiro á bosquejarlas,
Trazaré el borrador de las que en limpio
Florones son de mi querida patria.
Hasta la prensa al estampar su elogio
Y al besar estas páginas,
Habrá de suspirar, ¿quién no suspira
Cuando de ellas se trata?
Del muslímico edén en un extremo
No blanqueado nunca por la escarcha,
Pues el «ordeno y mando» de sus ojos
Lo impide que hasta al polo deshelara,
Imperan y gobiernan

—Por derecho divino soberanas—
Y extienden su poder á todas partes,
Pues la electricidad las acompaña.
En el *querer* son firmes, son maestras
Sin atraso en las pagas,
Pues ¿cómo no pagar tanto cariño
Siendo el cariño el ser de sus entrañas?
Y roban albedrío y voluntades
Al emplear el *timo* de su gracia
Hasta aquellas—las hay, yo las conozco—
Que no lo son y tiénense por guapas.
Si á veces cual criollas indolentes
Sus ideas viajan
En trenes de recreo de ida y vuelta
Con fondas y paradas,
Cuando cierran la cuenta de sus novios
Y á su garbo clausura dan en casa,
Como esposas y madres son modelos,
Activas, económicas y honradas.
Que aunque diga el refrán que en todas partes
Suelen cocerse habas,
Aquí, en mi tierra, locas
De gran solemnidad nunca se hallan.
Irregularidades no consienten,
Y cuando firmes aman
Goces del infinito y la materia
Con su cariño engarzan.

Es hablar de la mar... así me engolfo

En procelosas aguas
Al querer describir á grandes trazos
A las hijas de Málaga.
Ellas son el factor más importante
De venturas humanas;
Ellas de un *volapük* muy comprensible
Poseen clave y cátedra.
Ellas hacen esclavos cuando pisan,
Ellas hacen cautivos cuando pasan
Y tan sólo á sus émulas les pesan,
Pues aunque pocas son rinden la báscula.

Venus surgió entre espumas, arquetipo
De la belleza plástica,
Y ciñeron sus mágicos contornos
Halagadoras Gracias.
Las que canto—con feas excepciones—
A imagen de la diosa y semejanza,
Parece que brotaron como perlas
Entre conchas de nácar.
Con diadema en la frente de ilusiones,
Sóbrias como espartanas,
De andar majestuoso, talle esbelto,
Propia y encantadora idiosincrasia,
En su virtud se encierran; sus hechizos
De este modo resaltan,
Como avalora el mérito de un cuadro
El oro que lo cerca y lo destaca.
Por intuición la estética conocen

Como la indumentaria,
Y hasta el limpio percal sirve de engaste
A las perlas citadas.
Del pobre suelen ser fiesta perpetua
Que por ellas trabaja,
Y emplea en la defensa de sus fueros
En vez de lengua la cortante faca.

Ellas—las malagueñas—al sentirse
De las brisas marinas saturadas,
De la sal inventaron el impuesto
Que hacendistas plagiaran.
Las reverberaciones de su cielo
Bajo el que nubes vergonzantes pasan,
Cual los rotos girones del mendigo
Donde todas son galas,
Se concentran y brillan y seducen
En sus pupilas que el amor esmalta,
Y al librecambio siempre decididas
Hacen sus afiliados con miradas.
Miradas que acarician,
Balbuceo sin ritmo que alto habla
Con guiños elocuentes, subrayados
Por las negras pestañas.
Miradillas de ilícito comercio,
Sin respetar severas ordenanzas,
Introducen con fraude; ¿qué rentista
Ese artículo estanca?
Y aunque el consumo aumenta cada día,

Pues cada día hay más y más muchachas
Que se disputen implumes polluelos,
Muy bien abastecida está la plaza.
Ojos se ven aquí que á su capricho
Tempestades levantan,
Y ojos como las gotas de este vino
Que á los enfermos sana.
Ojos garzos, obscuros cual las noches
En que las nubes como en huelga vagan,
Cantados por Juan Breva, el que á Gayarre
No envidió sentimiento ni garganta.
Constelaciones de radiantes niñas,
Niñas-carbón que la penumbra aclaran
Si la electricidad se desarrolla
Por hilos en tensión que tiende el alma.
También de azules tintas
Retinas hay del infinito hermanas:
Más que el Celeste Imperio
Valen sus celestes ojeadas,
De las que parten chispas de un incendio
Que veloz se propaga,
Y sirven de anestésico á las penas
Y producen un flúido que embriaga.

Ya en el *landeau* las malagueñas crucen,
Ya ornato sean de la reja clásica,
Ya á un teclado le arranquen armonías,
Ya á morisca guitarra,
Del Bulto y el Perchel á la Victoria

Y desde Zamarrilla á las Barrancas,
En el circo taurino, en la Caleta
Triunfan, entre el *sport* y entre moragas.
Amantes como Safo.
Y de tez ambarina cual Cleopatra,
El rayo abrasador de un sol de fuego
Palpita en sus arterias, las inflama.
Algo tienen de reinas en su porte
Y *aun algos* de sultanas;
Son cual Dido y Penélope en la ausencia;
Rinden con sus encantos como Aspasia.
Ora recuerdan con altivo porte
La visigoda raza,
Ora las que el *profeta* llamó huríes
Soñando con morenas de la Arabia.
A la flor del dagmuz son comparables
Sus labios que risueños se dilatan;
Roja flor de que extraen miel sabrosa
las abejas del Sahara (*).
En nobleza y ternura y gallardía
Nadie las aventaja,
Ni en altivez aun cuando siempre suele
La oferta superar á la demanda.
Lo que en sus corazones esculpido
Deja el amor á punta de azagaya
Permanece en sus pechos
Que son sagrarios de la fe jurada.

(*) Sájara pronuncian los árabes.

Muchas se ven así vistiendo santos
Que merecen la cruz de la constancia;
En las clases pasivas, de jamonas;
Después de mil combates, en inválidas.

Aquel que usufructúa los encantos
De faenera audaz de rompe y rasga,
Puede como sus momias el egipcio
En préstamos, sin riesgo, pignorarla.
Que consecuentes son, intransferibles
Y su *puntillo* y dignidad las guarda:
Quien las busque de lance pierde el tiempo:
No hay malagueñas-gangas.
Escriben y pronuncian
Contra todas las reglas ortográficas;
Se comen el final de los vocablos
Porque les da la gana;
Mas en cambio no hay una que se coma
La vibradora lengua siempre clara
Que al menguado, al procaz sirve de azote
Y que lo pone á raya.
Con pena contemplad la que aguardando
El precio del sudor que en la semana
Brotó la frente de hábil artesano,
Convertido en alcohol como por magia,
Al trocar su pañuelo de Manila
—Que es su paño de lágrimas—
En papeleta de angustioso empeño,
Maldice hasta las pámpanas.

¡Ay! Tantas maldiciones han caído
Sobre las vides antes tan lozanas
Que engendraron tal vez la destructora
Filoxérica plaga.

Las bayaderas que en el Ganges beben
De sándalo y de rosas perfumadas,
En trasparente muselina envueltas
Cual celajes del alba,
Y de la margen del fecundo Nilo
Las morenas almés—léase sabias—
A orillas del falaz Guadalmedina
Suspenderían sus lascivas danzas.
Que en la *bella* ciudad del «Tanto Monta»,
Del fuerte Gibralfaro y la Alcazaba,
Donde el plátano da su dulce fruto
Y el moscatel y la jugosa caña,
Están esas mujeres de primera,
Dechados de *flamencas* y de damas
Que elegantes ó cursis enamoran,
Bullen, rezan, dominan y arrebatan.
Las de los pies pequeños, tan pequeños...
¿Mas quién sabe los puntos que ellas calzan?
Por mi parte también aquí doy punto
Dejándolas pasar echando plantas.
Meter al más rebelde en un zapato
De tacón mentiroso y breve pala
Logran, si juguetón, cómplice Eolo
Del curioso, al pasar besa sus faldas.

Lo que pica en historia,
Lo que á nosotros y á extranjeros pasma,
Lo que estudia la ciencia y no se explica,
Es por qué muchas de ellas no se casan.

III

DURACIÓN DE UNA HORA

DURACIÓN DE UNA HORA

Poemita cuya dedicatoria se dignó aceptar el Sr. Núñez de Arce.

Poco antes que fueran conocidos
El sombrero de copa, las trabillas,
Liberales, retrógrados partidos,
El fósforo que inflama las cerillas,
Esa rueda veloz de la Fortuna,
Deidad de las chiripas —la ruleta—
Dinamita, telégrafo, orfeones,
Caballos de vapor, y la vacuna,
En cualesquier rincón de este planeta,
Sin mayores desvelos
Ni raudas emociones
Diz que vivían bien nuestros abuelos.

Observador del anticuado uso
Un noble de Xerez, años y rentas,
Casar á su unigénito dispuso
Para servir á Dios y estar cuidado:
El bueno del señor echó sus cuentas,
Hizo comparecer al sentenciado,
Sorbió rapé y estornudando dijo:
—Vas á tomar estado.—
—¿Con quién? ¿Puedo saberlo? ¿Para cuándo?—
Nervioso murmuró sin voz el hijo.
—No la conozco: es huérfana, heredera
Del virey mi padrino don Fernando:
Pingües son sus caudales;
Cuento de su tutor con el permiso.
Ya lo sabes, Gonzalo, y es preciso
Preparar los regalos y esponsales.—
Con esto y la profunda reverencia
Del ya enterado terminó la audiencia.

En aquel mismo día
Y en un Carmen, frontero de Granada,
Una angulosa joven alta y fría
Cual antigua cariátide, se erguia
Mirando vagamente la enramada.
El *soi disant* tutor y su opresora
Mujer, llegaron con solemne aspecto:
Al brazo secular de la *tutora*
Entregado tenia el circunspecto
Antiguo veterano

Su pupila obediente
Y este ukase lanzó lengua sonora:
—Cecilia *hemos* dispuesto de tu mano.—
Asentimiento, en signos, el anciano
Dando á la afirmación de su señora.

Escurrióse el tutor, marcando el ceño
Su esposa al preguntar:—¿No dices nada?
¿Te atreves á ponerme mal talante?
¿Tiene tu corazón oculto dueño?
¿Por qué tan reservada?
Respóndeme al instante.—
Tarda balbuceó la interrogada
Como actriz *debutante*:
—A lo que ustedes manden me someto.—
—Pues no faltaba más. Así me gusta—
Gruñó la vieja adusta.—
Temí que nos faltases al respeto.
En breve llegará tu prometido
Y hay que arreglar las cosas con presteza,
Mayorazgos disfruta: su apellido
Prestando al tuyo su ejemplar limpieza
Ha de hacer que seáis de una familia
Troncos de encumbradísima nobleza.
¿Cabe mayor satisfacción, Cecilia?
Pronto se firmarán, á lo que infiero,
Las capitulaciones.
Y para entonces *quiero*,
Sólo á tí te lo digo en confianza

Por ser día el presente de expansiones,
Que del claustro en que está venga Constanza.—

Constanza, aquí entra *ella*
De mi pobre leyenda la heroína,
Adolescente, candorosa, bella
Como ideal que el vate se imagina:
En la fértil comarca granadina
Oculta flor de gracias seductoras
Que en mansión virginal su aroma esparce.
Para esbozarla yo me falta el estro
Del eximio inventor de las *Doloras*
Y el numen del maestro
Excelencia—verdad, Núñez de Arce.
Paciencia, pues, y que el lector la preste
Si no halla en estos trazos poesía:
De un manuscrito viejo saco éste
Verídico argumento
Que del caos saldría
Tal vez entre el escombro de un convento.

Es el caso, lector, que la hija de Eva
Modelo original que te presento,
Va á cumplir quince años y que lleva
Nueve en recinto á la virtud alzado;
Que le han dicho es muy pícaro este mundo
Y no han exagerado:
Que entre afable su aspecto y pudibundo
Grato perfume exhala de inocencia,

Y en la oración su espíritu templado
Resplandece en sus ojos su conciencia.

De hermosura rarísimo portento;
Ojos grandes azules
Como lagos tranquilos que retratan
La suavísima luz del firmamento
Cuando, encendiendo estrellas, densos tules
Los ángeles desatan.

¿Y sus labios?... De tintas tan hermosas
Como rojo clavel que abre el rocío:
De ellos escapan frases bulliciosas
Que parecen alegres mariposas
De nívea sencillez por atavío:
Ni el rencor los contrae ni el hastío;
En boca tan pequeña los excesos
No se conciben de importuna charla
Ni habrán de comprimirla ó dilatarla
Murmuración, desdén, risas ni besos.

Soñadora, discreta,
De distinción dechado, siempre afable,
En su imaginación la ve el poeta
Sin esfuerzo encarnada
Y á Ofelia comparable
Con la rubia guedeja destrenzada,
Á no estar creación tan admirable
Por poëtastros mil manoseada.

No hay monja adusta que con causa riña
Á la mimada niña
Que ni extrema caprichos ni deseos;
Sin veladura ó sombra de pecado,
Gozosa y comedida en sus recreos,
Jamás el sol naciente la ha encontrado
Al inundar de luz la vidriera
Rezagada en el vasto dormitorio;
Y en un sitial de clavos tachonado,
Trono de su candor, Constanza era
Lo más digno de ver del locutorio,
Reina de las de dentro y los de fuera.

¿Por qué menos jovial, más abstraida
De súbito parece
Y en su celda escondida
Como la flor sin aire languidece?
¿Por qué, por qué se afana
Modulando oraciones
Y cavilosa y triste se estremece,
Desabridas hallando sus lecciones
Y medroso el vibrar de la campana?
¿Por qué de sus angustias infinitas
Brotan castas, doradas ilusiones
Cuando intranquila sueña
Cómo nacen al alba margaritas
Entre resquicios de agrietada peña?

Tras largo insomnio, sin terror ni calma

De un modo nuevo su mirada brilla:
En su sonrisa hay algo de amargura;
Y en el pecho concéntrase su alma
Como se oculta y tiembla la avecilla
Cuando se nubla la celeste altura,
Sin alas para alzar vuelo atrevido,
Ignorando qué habrá tras la espesura
Donde columpia el vendabal su nido.

Y su contorno más se redondea,
Y el pensamiento en su cerebro estalla,
Y á una idea fugaz sigue otra idea,
Olas de mar hirviente que batalla.
Aunque todo lo ignora
Aspirar otra atmósfera desea
En su febril extraño desvarío,
Y al ver cruzar las golondrinas, llora
Porque van á merced de su albedrío.
El mundanal concierto,
Viajes y saraos y festines,
No en conocidos moldes ajustados,
Se imagina vagando por el huerto
Cuyo tapial escalan los jazmines
Como ella enamorados
De horizontes sin nubes ni confines.

Y se encuentra más bella que otra alguna
Viendo de su atractivo débil copia
En la casi eclipsada, vieja luna

De antigua cornucopia
Puesta entre relicarios en el coro,
Cuando sus perfecciones una á una
Hace el sol resaltar con rayos de oro.

La vanidad con su dulzor anega
Aquel dormido corazón-tesoro
Que aun no sintió placeres ni dolores
Y ya presiente triunfos ¡pobre ciega!
¿Qué sabes tú de luz ni de colores?

Entre estímulos vagos
Desconocidos goces imagina,
Sedienta de emociones y de halagos;
Con férvidas plegarias no domina
Su creciente inquietud y sus congojas;
Y teme y estremécese y recela
Y huye—lo mismo haría una gacela—
Al voltear el aire muertas hojas.

En laberinto informe sin salida
Se extravía su mente
Que jardines ó páramos esboza;
Y aunque ofuscada, siente
Resortes misteriosos, nueva vida.

¡Qué pronto se contrista ó se alboroza
Por tropel asediada de visiones!
¡Qué encanto en su mirar hay si solloza!

¡Qué hechizo, si sonríe, en sus facciones!
¿Quién causa su penar ó su alegría?
¿Penetró en su interior aleve filo?
¿Qué bulle en su revuelta fantasía?
¿Por qué cambia aquel sér antes tranquilo?
Es que el capullo se convierte en rosa,
Que pugna por romper cárcel obscura
La virgen mariposa,
Que la naturaleza transfigura
Con ese *fiat* que en el orbe manda,
Y en laborioso trance,
En núbil perfectísima criatura
A la egregia educanda.
Por ello al sacristán dijo en romance
Dándole palmaditas sobre el hombro
El Hipócrates grave del convento:
—Si en su niñez Constanza fué un asombro,
Hoy moza casadera es un portento.—

Y ahora, volviendo al Carmen granadino,
Observemos que el sueño no concilia
Envuelta entre las sábanas de lino
Contrariada la glacial Cecilia.
El novio que le tienen señalado
Ya viene de camino:
Ya Constanza ha llegado
Para asistir á la solemne boda,
Y envidia la inocencia de su hermana
Que ni el amor conoce ni aun la moda:

Ya se van á firmar los esponsales
É inquiétanla el pasado y el mañana:
Le anuncian bienes y presagia males.

Sólo el diablo cojuelo
Conocía el por qué de aquel desvelo,
Sabiendo que algo, *aun algos* con el paje
Luis Arias, atrevido mozalvete
Que hacía de Tenorio aprendizaje,
Tuvo que ver la de exterior de hielo.
¿Habrá *quidam* pobrete
A quien parezca insípido un sorbete?
De su limpio linaje
También supo el diablejo prescindía
Gonzalo, cortejante noche y día
Y amigo de manolas y algazara.
La pareja en cuestión nada tendría
Hablando en puridad que echarse en cara.

De abril florido en nebulosa tarde,
Como en un minué, con grave aplomo
Se saludan al verse, haciendo alarde
De dignidad los cónyuges futuros.
¿Simpatizaron? ¡quiá! ni por asomo;
No han jurado y parecen ya perjuros.
Todo es bullicio, estrépito en la quinta;
Sin hierba el suelo está, blancos los muros,
Gasta el que ha de dar fe mares de tinta,
Señorones se ven de edad distinta,

Damas de la provecta
Que semejan vistosos guacamayos,
Y pasa y cruza la *tutora* recta
Entre frailes, labriegos y lacayos.

Crece la animación y la algazara,
Ya corros se disuelven ya se aumentan;
La contrayente tiene mala cara
Y nuevos invitados se presentan:
Los cumplidos abundan; no hay caletre
Que ávido de lucir no haga un esfuerzo;
Cercan muchos al novio petimetre
Y derrochando aromas sopla el cierzo:
Un viejo verde, sin perder de vista
A la novia:—Te llevas buen escuerzo—
Dice al protagonista;
Tienes más bríos que Amadis de Gaula.—
Aquél lo pone rojo, éste amarillo
Y hasta le llama pillo
Un compañero de fatigas y aula:
La semi-monja está cual pajarillo
A quien de sitio mudan y de jaula.

Un momento después todo ha cambiado,
Cecilia está indispuesta;
El contrato nupcial no se ha firmado
Y se aplaza la fiesta:
De ancha nube la lluvia se desata
No quedando en la quinta un convidado

Ni ave fuera del nido,
Y un reloj tras brevísima tocata
Marca las seis, tañido tras tañido.

En tanto que reposa
En lejano aposento su pupila,
Se acerca á la aprendiz de religiosa
La *tutora* con aires de Sibila
Y dícele: —No es cosa
Lo que aqueja á tu hermana; está tranquila;
Venga usted—continúa—don Gonzalo;
Como jugar sin interés no es malo,
Aquí tiene usted naipes y la mesa
Que el jardinero trae;
Bien puede entretener así esta niña.
Mi prima Sor Teresa
Me dice que con esto la distrae;
Aun cuando aquí no hay nadie que la riña,
Parece entre nosotros que está presa.

Cerca se hallan charlando como amigos
Y sirven de testigos,
El que á Cecilia quiere como suegro
Y el tutor que equivócase en las cuentas
Y hace blanco lo negro
Del caudal al tratarse y de las rentas;
Mientras algo turbados,
Sin el menor ruido,
Los futuros cuñados

El juego más sencillo é inocente
Comienzan: él no poco distraido;
A la orden superior ella obediente.

El diablillo travieso
Trató en seguida de meter su baza,
Y al galán que era amante del progreso
Quitóle del respeto la mordaza.
Bellísima rapaza
—Se dijo, al exclamar con donosura:
—Constanza, por mi nombre
Que *otra* podrá muy rico hacer á un hombre
Pero usted más feliz con su hermosura;
El encontrarla, á fe que es buen hallazgo;
El mirar de esos ojos expresivos
Es un don del Señor, un mayorazgo
Que da sus rendimientos
En lo que vale más, en atractivos.
Y el sutil tentador que por momentos
Tenía más confusa y fascinada
Su víctima, á luchar no acostumbrada,
Barajó de los dos los pensamientos
Para hacer el maldito su jugada.

¿Buen Dios, será preciso
De cada niña en la serena frente
Fijar á modo de cartel de aviso
Que hay, si se halla en la tierra un paraíso,
Para cada mujer una serpiente?

Luego estuvo el mancebo barajando
Más y más con afán vertiginoso
Y á la turbada joven contemplando,
Que pálida la tez y sin reposo,
Estatua del pudor, de virgen cera,
Semejaba en tan nuevo paroxismo:
El flúido poderoso
Que alterando la sangre la acelera
Y pinta como real todo espejismo,
El aire saturaba en el espacio
Cual cloroformo envuelto entre fragancia.
El juego iba despacio,
Pero no del diablillo la ganancia.

Y sin palabras se entabló un concierto
Con la expresión sublime de los ojos,
Y creyó en el amor el que era experto
En fáciles conquistas,
Del magín aventando con enojos
Recuerdos quebradizos como aristas.
Aunque es mal conductor, según parece,
De la electricidad la dócil seda,
Súbito don Gonzalo se estremece,
Que un suave calor cerca ha sentido,
Pues el maligno espíritu invisible
Más el asunto enreda,
Con movimiento ráudo imperceptible
Agitando la falda de un vestido.

Y los naipes al dar toca la mano
Gonzalo, que se enfría:
Hace por apartarse pero en vano,
Sintiendo una atracción que lo encadena,
Y aproximarse más es lo que ansía
Como del manantial que ve cercano,
Aunque tenga que hollar ardiente arena,
El árabe con sed no se desvía.

En una especie de estupor sin nombre,
Delirante embriaguez ó arrobamiento,
Se ha visto deificada por un hombre;
Ha oído sus lisonjas
La que sólo escuchara en el convento
Consejos y advertencias de las monjas:
Y algo siente en su sér que no se explica
De júbilo á la vez que de tormento,
Algo de rebelión de la materia,
Algo que al par que enerva fortifica,
Del corazón fluyendo á cada arteria.
Jamás en el ardor de su ascetismo,
Del claustro en la penumbra,
Pudo entrever reflejos de la gloria;
Y cuando está en desorden su organismo
Albor de dicha en su ilusión columbra;
Ventura que en la tierra es transitoria,
Pétalos que han de ahogarse entre malezas,
Oro que acrisolado deja escoria,
Ambrosía no libre de impurezas.

Al contacto casual, rápido, leve,
Con un sér superior que le era extraño,
Más su razón se ofusca;
La sensitiva con temblor se mueve:
Teme no sabe qué, mas teme un daño,
Sintiendo como brusca
Eléctrica descarga
Rarísima impresión que la emociona,
Sus potencias embarga
Y el antes libre espíritu aprisiona.
Y con pueril temor los ojos cierra
Y aún la mirada fija de otros ojos
Entrevé que la sangre le inficiona
Con corruptor fermento de la tierra
Que da para una flor miles de abrojos.

Su sér—por otro sér compenetrado
Que halagador, sin tregua lo acaricia
Con su mirar, de forma tan gallarda—
En éxtasis febril alucinado
Hasta llegó á fingirse con delicia
Que era aquel sér el ángel de su guarda.
¿Quién advierte que cerca del pecado
Está la que sin brumas de malicia
Conserva su inocencia?
Sólo una voz que avisos no retarda,
Incautos despertando, la conciencia.

—Ya no se ve—murmura y se levanta

La infeliz.
—¿Quién ganó el último juego?—
Pregunta el bueno del tutor.
—La santa
Monjita—dice el joven—yo soy lego.—
Y ella va hacia el jardín buscando, ilusa,
Lo que no ha de encontrar: aquel sosiego
Que antes gozó reclusa.
Síguela el seductor, no extinto el fuego
Que por primera vez su pecho inflama,
Y la doncella corre mientras arde
Al alejarse más la oculta llama
De su inefable anhelo;
Y va á expirar la encapotada tarde
Sin sol, sin horizonte, hasta sin cielo.

Parece que llorando están las flores,
De las virtudes símbolo y corona;
Los vientos bramadores
Remedan al chocar en la colina
Risa mefistofélica burlona.
¡Ay, que se acerca á Margarita Fausto!
¿No hallará la pureza un amuleto?
¡Ay, que rauda la noche se avecina
Y ella con discreción guarda un secreto!
¿Allí tendrá el amor un holocausto?
¿Constanza no ha de ser otra Justina?

¿El brotado arbolillo

Bajo el cual se reune la pareja
Podrá ser engañoso manzanillo
Que, intoxicando en apacible sueño,
No permita á la angustia ni una queja
Al mezclar sensaciones con beleño?

Están nervioso él, ella perpleja:
Relámpago fugaz temblando lanza
Un nubarrón que avanza,
Y convulsa recita
Breve jaculatoria
Que para caso tal lleva Constanza
Por fe sencilla impresa en la memoria.
La aparición, entonces no ilusoria,
Del tosco aperador surgiendo grita:
—Mire usted que está encima la tormenta:
Retírese á la casa señorita.
Me manda que le avise la señora.—
Y el autor del apunte por su cuenta
Prorrumpe en estas dos vulgaridades:
«¡Cuánto puede ocurrir en una hora!
¡Cuán buenas suelen ser las tempestades!»

Turbados cual si fueran malhechores
Entran cuando los truenos y granizos
Extreman rüidosos sus furores,
Cegándolos fulgores
Amarillentos, cárdenos, rojizos:
Apóyase Constanza en un bufete;

De loco tiene el joven la apariencia;
Martillea el reloj dando las siete;
Llega un Galeno grave, diagnostica
Que de Cecilia es grave la dolencia
Y manda, por si luego se complica,
—Abroquelado el sabio en su experiencia—
Que á la educanda lleven al convento.
Después el cielo brilla despejado,
Y en coche la infeliz lleva al costado
Su tutor y el primer remordimiento.

El lector, si es curioso,
Como son los que gustan de novelas,
Y descrito ver quiere
Por un naturalismo hasta asqueroso
De qué modo se muere
Una mujer roida por viruelas,
En Nana agonizante,
La que el vicio dotó de una aureola
Entre fango al surgir Venus triunfante,
Puede obtener de su deseo el logro,
Observando la faz como amapola
En esterquera, el busto cual un ogro
Que con cieno en la pluma pinta Zola.

Así está por viejísima doncella
Que en su estertor la auxilia,
Sin dejar de su paso débil huella
En este mundo, al espirar Cecilia.

Pero «bien vengas mal si bienes solo»
Dice un antiguo adagio,
Y aquel temido mal, de polo á polo
Corrió, sin invadir la clase media,
Rindiendo al novio su letal contagio
Y trocando las nupcias en tragedia.

El anónimo sigue: «De esta suerte
En breves horas y en el mismo día
A los que no enlazó la simpatía
Con su guadaña desposó la muerte.»
Y añade, que iracunda
Repitió en su agonía
La pobre moribunda:
—Que se aleje ese necio sin tardanza:
Cuanto tengo á mi Luis se lo regalo—
En su delirio al repetir Gonzalo:
—No me olvides, Constanza.

Sor Juana, antigua madre muy severa,
Oficia de enfermera
Junto á sencillo y aseado lecho
En que descansa, al parecer dormida,
Honda borrasca al levantar su pecho,
La beldad que nos es tan conocida.
En su febril acceso nadie pudo
Hacerle que apurase
La poción que el doctor le recetara:
Como el pesar es mudo,
Al volver á su encierro ni una frase
Pronunció que su angustia revelara,
Mas demostraba ser cosa muy cierta
Su semblante de muerta
Que el bien y el mal se asoman á la cara.

Lleva así varios dias;
Agotado el caudal tiene del llanto;
Sus pensamientos huelgan entre orgias
Mezclándose las locas alegrías
Á veces al absintio del quebranto.
La crisis pertinaz no se resuelve;
El amor que muy pocos corazones
Encuentra recubiertos con amianto,
El suyo al incendiar, veloz revuelve
Ideas con las alas de ilusiones
Que esparcen las intensas calenturas,
Y relampagueando las pasiones
Su alma se aterra al encontrarse á obscuras.

Y el espíritu audaz que, sin reposo
Entre oleadas de la sangre humana
Filtrándose, inocula
El virus germinal voluptuoso
Desde que Adam mordiera la manzana,
Más agita á la enferma que, inconsciente,
Fenómenos para ella inenarrables
En su cerebro y venas inflamables
Cual Catalina la de Sena siente.

Ha oído entre el sopor de una vigilia
Que en peligro inminente
Postrada está Cecilia,
Y se apena Constanza:
¿Por qué sus sentimientos fraternales
Se enfrían al temblar una esperanza?
Acosándola afectos desiguales
La reanima nerviosa efervescencia:
Sus anhelos en choques perenales
Pugnan con el rigor del ascetismo.
¡Ay, que suele embotarse la conciencia
Si punza el aguijón del egoismo!

De propalar ansiosa la noticia
Se acerca de puntillas y azorada
Diciéndole á sor Juana una novicia:
—Murió la desdichada
Y á poco don Gonzalo.—
—Habla más quedo
Que ésta no sabe nada,—
La anciana interrumpióle, y con un dedo
Puso fin á la plática entablada.

De todo apercibióse la doliente;
Movió su lecho horrible sacudida
Cual si la hiriera un rayo de repente,
Y para más sufrir quedó con vida.

Algún tiempo después tomaba el velo
Sirviendo para el siglo de modelo
La que Constanza se llamó en la pila
—Y á fe que era constante—
Con demudada faz aunque serena
Al esforzarse en parecer tranquila;
Y como *mucho amara*, en adelante
Quiso que la nombrasen Magdalena.
Más tarde al profesar dió gran ruido:
—¡Oh, que hermana tan buena!
Su vocación sin duda ha decidido
La muerte de Cecilia—propalaba
Gente superficial que ya murmura
Ya sin poder profundizar alaba;

Porque cauta dejó muy escondido
Un secreto del pecho en la clausura.

La decoloración de su cabello
Al renunciar la vanidad mundana
Friamente cortado;
Su gran demacración, visible sello
De abstinencia cristiana
Preservadora de mortal pecado;
El fúnebre tañer de la campana
Por la hermosa que muere para el hombre,
Abnegación que el hombre no se explica;
La apostura devota
De la que no conserva ni aun el nombre,
Todo causa impresión, todo edifica
Y á la pompa social desdén denota.
Sus bienes que el convento se adjudica
Habrán de enriquecer luego á un patriota.

Con nostálgico afán la desterrada
En un mundo para ella tan estrecho
Siente el alma ulcerada,
Que aun la envuelve el fulgor de la mirada
Que á todo bienestar cerró su pecho.
De aquella hora de inquietud y angustia
Acósala el recuerdo perdurable
Que en torno vaga de su frente mustia
Grabándole el estigma del culpable;
Recuerdo que la mente poetiza

En su elaboración infatigable,
Que el espíritu en calma
Recto anatematiza
Y del que saca fuego entre ceniza
Aleteando el alma.

Al auscultar su pecho moralmente
—Si volcán apagado
Al parecer, brasero incandescente
Por el factor del mal más avivado—
Experto moralista,
Vió que puede una joven inocente,
Sin poderse explicar en qué consista,
Caer en las tinieblas del pecado.
¡Cuánto sufrió la pobre religiosa
Entre maceraciones é histerismo!
Hollaba en sueños funeraria losa
Y en vorágine inmensa cenagosa
Iba envuelta hasta dar en hondo abismo.
Un rígido cadáver la atraía;
Bajo el huesoso cráneo fulguraba
Fosfórico mirar que ella absorbía,
Y con terror mezclado de alegría
Su corazón saltaba;
Trocándose á su vista la materia
Del inmóvil cadáver mudo y yerto
En polvo removido por la brisa,
Delirante sentía en cada arteria
Palpitar las moléculas del muerto,

Cual si tomara en loco desconcierto
Un bebedizo al gusto de Artemisa.

O ya viendo á Gonzalo de hito en hito
Con el temblor conque miraba Eloisa,
Aun pura, al seductor irresistible
Extraña mezcla de ángel y precito,
La pesadilla horrible
Cambiaba en un deliquio de venturas
En que el alma cual nube
Que siente la atracción del infinito
Enamorada sube
Sobre el éter, flotando en las alturas.

Y allí de insexuales querubines
Formándose una escala
Cual guirnalda de nardos y jazmines,
Ráudos al enlazar ala con ala,
Creíase ascender al almo cielo,
De Gonzalo seguida,
En su alucinación vertiginosa;
Pero mano de hielo
Al retorcer la escala misteriosa
Con rapidez, en exicial caída
La pareja atrevida
Lanzaba en lo profundo de una fosa.

¿Cómo resiste tanto
Aquel barro que frágil pareciera

Y la lágrima surca del quebranto
Y ablandan el dolor y la quimera?
¡Ay! en vano lacera
La profesa su carne alabastrina
Que pudiera haber sido inspiradora
Por sus puros contornos, semejante
A la que hizo admirar la Fornarina,
Dió relieve á Fiammeta y Eleonora
Y en Beatriz glorificara el Dante!

Eslabonando de años la cadena
El tiempo, entre sus cargos envejece
La madre Magdalena,
Como trabaja el reo y desfallece
Cumpliendo la condena.
Sus quehaceres y rezos la sustraen
De penosos recuerdos noche y día,
Mas si sus fuerzas físicas decaen
Perfumes guarda aún su fantasía
Y resortes mentales
Que en letargo febril dan vida al muerto.
¿Acaso no impregnaba en su porfía
El tentador con auras sensuales
Los humildes cenobios del desierto?

Luzbel—como es notorio—
Con audacia que asombra,
Hasta en el más oculto dormitorio
Tiene entrada de sombra.

Constanza tan discreta como afable
Y en opinión de santa,
Por su edad respetable
Murió de jubilada superiora,
Sin el gesto que espanta
Al trocar cada vieja en un vestiglo,
Olvidando, contrita, aquella hora
Que duró en su memoria casi un siglo.

IV

EN SIETE SUELOS

EN SIETE SUELOS

Las auras de la tarde recogiendo
Misteriosos aromas y armonías,
Susurran entre el mirto, juguetonas,
Y de la flor los pétalos agitan:
La alondra acariciando á sus hijuelos
Granos los trae de la gualda espiga;
El lucero se asoma entre celajes
Y tembloroso brilla.

Se ha ocultado ya el sol: manto bermejo
Al desaparecer tendió en la cima
Del Mulhacen de nieves coronado,
Y ya lo descojió de Sierra Elvira:
El azahar, el jazmín y la violeta
Grato aroma le dan por despedida:
Su seno cual pelícano ensangrienta
La aérea nubecilla.

Tenaz extiende trasparente gasa
—Borrando la vistosa perspectiva—
El crepúsculo, vago mensajero
De la noche que acércase indecisa.
Imperantes las sombras en el soto
Pretenden dominar grandes campiñas,
Mas ¿quién la vega fértil oscurece
Y de encantos la priva?

Las estrellas se asoman á miriadas
En el inmenso espacio suspendidas;
Su claridad á la medrosa tierra
Como en señal de protección le envían.
La luna, encubridora de misterios,
Y al par de las tinieblas enemiga,
Es la mejor antorcha que en la Alhambra
Señala sus ruinas.

Y en olas el espíritu se engolfa
De dulce, sin igual melancolía,
Y hablan de Abencerrajes y Zenetes,
De Hafsa, Nazhim y Zainab las brisas:
Y encuentra, recostado entre arrayanes
El vate, acordes nuevos en su lira,
Mientras descubre extensas lontananzas
Extasiado el artista.

¿Cómo extrañar que el crédulo agareno
Ante bellezas tantas reunidas,
Oreado por palmas y rosales
Bajo el risueño sol de Andalucía,
Cármenes y alminares contemplando,
Rios, bosques, florestas y colinas,
Creyese á su *Garnatha*, de Mahoma
La mansión prometida?

En el kiosko formado por parrales
Donde la luz temblando se cernía,
Al volver el *Seghry* de la frontera (*)
Reposaba en los brazos de cautivas:
Y al sombrear su frente madreselvas
Y naranjos en flor y campanillas,
Soñaba con huríes de ojos negros
Y perenal sonrisa.

Sobre los manes de Alahmar, Gonzalo,
Y Abu-Said que sucumbió en Sevilla,
De Pulgar tan gentil como hazañoso,
De Lindaraja y la infeliz Aixa,

(*) Para la defensa de sus fronteras nombró Alahmar caballeros que se llamaron Seghrys, de donde tal vez tuvieron los Zegríes su origen.

De Zoraya y Boabdil el desdichado,
Y de Cisneros y Colón, domina
La imagen que oscurece á tantas otras
De Isabel de Castilla.

. . . . . .

Muchas lunas pasaron: no sestea
Ni un bereber del Darro en las orillas,
No esperan al muslim ocultos goces
Detrás de las caladas celosías:
Tan sólo en los morunos ajimeces
Embalsamadas ráfagas suspiran
Y en la histórica torre de Comares
Cantan las golondrinas.

Yo en el bello oriental Generalife,
Que aún recuerda las glorias islamitas,
Donde el *ciprés de la Sultana* vive,
Testigo mudo de pasadas dichas,
Nervioso al estampar mi obscuro nombre
Bajo ondulantes, misteriosas líneas,
De un musulmán proscripto, apesarado,
Reconocí la firma.

¡Midhat-bajá! Tal vez en las tarbeas
Que trazó soñadora la morisma,

Donde petrificaron sus delirios
Genios gloria del Yemen y la Libia,
Contristado el visir, oculto llanto
Por Stambul ardiera en su mejilla,
Creyendo oir el fragoroso estruendo
Del cañón moscovita.

Del *Xolair* en picos y vertientes
Al ver flotar las nubes opalinas,
Quizá fingióse polvaredas que alza
El tropel de veloz caballería;
Le hablaban los laureles de victorias,
De sangre la amapola enrojecida
Y de la verde enseña de su patria
La enramada vecina.

¡Oh! La fortuna instable, cuya rueda
Sobre invisibles ejes ráuda gira,
Derrumba Estados y levanta Imperios,
Y al que eleva, después lo precipita.
«Dios solo es vencedor:» leo en la Alhambra:
Del célebre Alahmar fué la divisa.
¡Dale, Señor, la paz á las naciones
Bajo tu ley bendita!

Granada, abril 1877.

V

LA RENDICIÓN DE GRANADA

LA RENDICIÓN DE GRANADA

CANTO ÉPICO (*)

ESCRITO PARA EL CERTAMEN DEL LICEO DE DICHA CIUDAD EN MAYO DE 1880, MIENTRAS INSPIRADO PRADILLA PINTABA EN ROMA EL CUADRO ADMIRABLE CONOCIDO BAJO IDÉNTICO TÍTULO.

Dios solo es vencedor. Bien lo confiesa
Desde Alhamar la nazarita empresa (1).

ÁNGEL intercesor que desde el cielo
Diriges tu mirada protectora
Á mi patria querida, en ráudo vuelo
Ven á prestar tu auxilio al que lo implora:
Ineficaz sin tí fuera mi anhelo;
Mi mente es lobreguez, tú eres la aurora;
La fe con su raudal mi pecho anega,
Mas la fe, ángel de luz, sabes que es ciega.

(*) Más que la pluma ganada por el autor recompensó su trabajo la carta autógrafa del eminente Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, que conserva como premio inestimable.

Tú alentaste á los bravos campeones
Timbre de honor de la fecunda España;
Por tí el aura besó sus confalones
Entre las altas tiendas de campaña:
Tú diste nuevo esmalte á sus blasones
El noble afán trocando real hazaña;
Tú, destello inmortal de eterna gloria
Das al libro veraz de nuestra historia.

De rodillas te evoco, destocado;
Tus alas hiendan rápidas el viento,
Por tu esplendor vivífico guiado
Audaz remontaré mi pensamiento.
Mi corazón se ensancha entusiasmado
Al percibir tu inspirador aliento:
Si en él enciendes creadora llama
Será mi voz el eco de la fama.

Extiende, ángel custodio, transparente
El velo de los siglos á mi vista;
Dictame tú, describiré fielmente
El final de la heróica reconquista;
Y veré á D. Alfonso armipotente
Que no hay poder que á su poder resista,
Y mujer sin igual—á inmensa altura
Absorto—de Isabel la gran figura.

Dame del griego admirador de Aquiles
La inspiración y cantaré sin miedo:
Haz que entre ensueños de ilusión febriles
Me aleccione el cantor de Godofredo;
Él, desiertos, ciudades y pensiles,
Odio, amor, esperanzas y denuedo
Supo realzar, ciñendo una diadema
Que deslumbra al que admira su poema.

Bajel errante que en los mares flota
Desarbolado y á merced del viento
Que lo impele tal vez á playa ignota,
Demanda tu favor mi entendimiento.
Á la orilla condúceme remota
Del golfo del pasado turbulento:
Si en mi cerebro tu fulgor no brilla
¿Podré alcanzar tan codiciada orilla?

¡Virgen de las Angustias! por Patrona
Una ciudad te aclama reverente,
Un poético pueblo que blasona
En tu marmóreo templo de creyente.
De tu radiada, espléndida corona
Baje un destello á iluminar mi frente:
Un día te invoqué con esperanza;
No en balde puse en tí mi confianza.

Si de la poesía en los verjeles
Lauros llegué á alcanzar, no me envanezco;
Tuyos son—Madre mía—los laureles;
Sin tí ni aplauso ni laurel merezco.
Tú me has contado entre tus hijos fieles,
Yo al pie de tus altares me enardezco;
Refugio y pabellón busco en tu manto;
Bajo sus pliegues alzaré mi canto.

¡Ay de la corte de Alahmar, riente!
Del Islam se ha eclipsado la fortuna:
La margen del Genil ocupa gente
Que fe y valor á la esperanza aduna.
Cruzados son cual los que allá en Oriente
Eclipsaron la odiosa media luna:
Nube que con sus rayos amenaza
De la expulsada Agar la impura raza.

Ricos-hombres, caudillos hazañosos
Contra el muslim sostienen la bandera,
Y á Granada se acercan afanosos
Sus galas al vestir la primavera.
Cantares, ya guerreros, ya amorosos
Vibran en la extensión de la pradera,
Y el bruñido metal en movimiento
Da destellos al sol, rumor al viento.

Al disipar las sombras la alborada
Se oye el trinar de alegres ruiseñores
Misterios descubriendo á la enramada
De secretos, dulcísimos amores.
Á los besos del aura perfumada
Despiertan entreabriéndose las flores,
Y en sus fragantes cálices se posa
La versátil, pintada mariposa.

Ya de la vega granadí los sotos
Y de las *almunias* los parrales (2),
Las frescas alamedas y los cotos
Reverdecen, y viñas y frutales.
Ya eleva el sitiador fervientes votos,
Hechizos contemplando sin rivales,
Porque antes de secarse aquellas hojas
Caigan en sangre de protervos rojas.

Purpúreas nubes de sin par belleza,
De la tarde dosel resplandeciente,
Forma y tintas cambiando con presteza
Mano invisible pliega en Occidente:
La ancha bóveda ostenta en su riqueza,
Escudo de un Señor Omnipotente,
Sobre campo de azur fajas de oro
Y un sol de luz siniestra para el moro.

Ya dejaron bizarros paladines
Hembras, saraos, cacerías, danzas,
Que olvidando placeres y festines
Les excitan gloriosas remembranzas:
Queden para las damas los cojines
Y apóyense los hombres en sus lanzas,
Siendo el ferrado lecho del guerrero
El duro arzón de su corcel ligero.

Encubertado el palafrén, la rienda
Impaciente sacude, y el jinete
Audaz provoca al moro á la contienda,
Del acicate armado hasta el almete.
Ya se aproxima la ocasión tremenda,
Y estandartes arábigos promete
Á la dueña feliz de su albedrío
Cuya banda ciñó por atavío.

La más egregia dama se desvela
Por dar completo ensanche á su Castilla;
Tal vez la inspira en sueños Berenguela
Y el que expugnara á Córdoba y Sevilla.
Con la cruz que redime se abroquela,
Acampar del Genil quiere en la orilla;
Lleva á su voluntad sujeto el rayo
Que encendió con su aliento D. Pelayo.

De Aragón la soberbia monarquía,
Nacida entre los riscos del Pirene,
Mostró que el progresar de su energía
Ningún pujante valladar contiene:
Águila de alto vuelo, dejó un día
El nido extenso que entre cumbres tiene,
Y sacando más fuerzas de su anhelo
Hizo temblar al proseguir su vuelo.

Castilla y Aragón fueron alzando
Contra el soberbio infiel fuerte barrera:
Los *leones* se ven siempre avanzando,
Las *barras* lucen en triunfal señera.
Un noble aragonés, quinto Fernando,
Y una Isabel sin par como es primera,
Dando á España más prez, uniendo zonas,
Van á fundir en una sus coronas.

Mas ¡ay! ¡Cuántos asaltos y batallas
Preside el ángel de exterminio y guerra!
El escombro al caer de las murallas
Se empapa en sangre que encharcó la tierra.
En vano es que á la fe le opongan vallas
En bosque, litoral, pueblo ni sierra:
Busquen el Islam amparo en el desierto:
Tarik y Muza y Almanzor han muerto.

¿Que se hicieron las tribus invasoras
Que el gótico poder avasallaron?
Taifas almoravides opresoras
Tras el Omeya resplandor pasaron;
Los almohades sus felices horas
En deleites también precipitaron:
Los cármenes del reino nazarita
La maldición de Alah llevan escrita.

Su amparo en vano el bereber implora
Lanzándose tenaz á la pelea,
Que la insignia adorable redentora
Avasallando sin cesar flamea.
Tan solo de Alahmar la córte mora
La discordia ilumina con su tea;
Quebrantado el imperio granadino
Marcan su fin las tablas del destino.

Bellos alicatados adornaban,
Floreadas *aleyas* y ataujías (3),
Oriental camarin donde temblaban
Fulgores de la luna en celosías:
El rumor de los pasos se apagaban
Allá en los tapizados *alhamías* (4)
Tardo ascendiendo el humo perfumado
Al alerce del rico artesonado.

Con dulce soplo al apagar la aurora
Las lámparas del claro firmamento,
Guardando el sueño á la beldad que adora
El *Zogoïbi* penetra en su aposento. (5)
¿Podrá dormir Moraima? Inquieta llora
Pues la oprime fatal presentimiento;
Y del intenso amor en el retiro
Siguen estas palabras á un suspiro:

—Paloma del pensil de los placeres
¿Por qué tiemblas?—El águila orgullosa
Va á asaltar nuestro nido.—No lo esperes.
—¡Se cernió tantas veces victoriosa!
—Sus alas cortarán mis bereberes.
—La fortuna y la dicha cual la rosa
Dan, Boabdil, su fragancia regalada,
Y hoja tras hoja vuelven á la nada.

—Deliras, á juzgar por tu lenguaje.
—¡Ay emir! Son fundados mis temores.
—En la roca se estrella el oleaje
Que en alta mar destroza en sus furores
El cárabo, y su espuma cual encaje
Se deshace: esos fieros vencedores
Caerán de esta mi Alhambra bajo el muro
De nuestro amor el nido está seguro.

—¡Ay! Ni de Gibralfaro la grandeza
Ni de Guadix ni Baza el formidable
Poderío sirvió: no hay fortaleza
Del hado ante el decreto irrevocable.
—Castigaré al infiel.—Con entereza
Grita el Sultán.—Mi gente es indomable.—
Y Moraima suspira:—No hay bonanza,
Boabdil, cuando se anubla la esperanza.

—Cálmese tu inquietud.—¡Ay! la gacela
Presiente los peligros.—Y el leopardo
Dentro de su cubil jamás recela.—
—Mas la tórtola libre evita el dardo
Del cazador si á la montaña vuela
Al acercarse aquél con paso tardo.
—Pues huye y abandóname á mi suerte.
—De tí no ha de apartarme ni la muerte.

Mas al rudo combate prefiriera
La grata paz, y á los frondosos huertos
El sencillo aduar y la palmera
Que al árabe cobija en los desiertos.
Libre, feliz allí contigo fuera
Más bien que en los alcázares cubiertos
De alharacas, marfil y pedrería.
Mi amor las soledades llenaría.—

Boabdil quedó perplejo, pensativo,
Y la mirada dulce, embriagadora
De negros ojos del fulgor más vivo
Sintió llenar su alma, tentadora.
De una sonrisa el plácido atractivo
Aumentó la belleza encantadora
De la que huri creyó del claro cielo
Al murmurar:—Ya sabes lo que anhelo.

—¡Imposible! ¡Ay de mí!—Clamó el caudillo—
No puedo huir: mi horóscopo menguado
Me obliga á dar á mi diadema brillo,
Como el Zagal mostrándome esforzado.
Convertiré la Alhambra en mi lucillo
Antes de hacer su entrega, afeminado:
Aixa, mi madre, llena mi memoria
De hechos que obligan á anhelar la gloria.—

—¡Desventurado emir! Las azagayas
De dirección por nuestro mal cambiaron;
Sólo descubren hoy tus atalayas
Rojas cruces en pechos que inflamaron.—
—¡Hija tú de Aliatar y así desmayas!
¿Con su sangre la vega no regaron?
—*¡Dios solo es vencedor!* Bien lo confiesa
De tu estirpe, Boabdil, la sabia empresa.—
. . . . . .

Y se adurmió el sultán y cien cuchillas
Vió sobre sí, y al requerir su lanza
Como al marchar sobre Lucena, astillas
Se hizo, y rugió de cólera y venganza.
Y hallóse encadenado y de rodillas
Cayó, viendo lucir en lontananza
Del lábaro triunfal el santo emblema
Al fulminar un ángel su anatema.

Después la voz percibe de su amada,
Hace un esfuerzo y su sopor sacude:
—Fué un sueño—balbucea:—Hueste armada
Á los redobles de atambor acude.—
Dícele su mujer sobrexcitada.
Ya no es posible que el caudillo dude,
Y la alarma al cundir y el sobresalto
Juzga que su enemigo da el asalto.

—Más que temeridad será locura.—
Exclama: sangre agólpasele al pecho;
Ciñe el cortante alfanje á la cintura
Y oprime con furor en su despecho
La bien damasquinada empuñadura,
Como tigre feroz que está en acecho
Con la afilada zarpa prevenida
Contra el que va á inquietarlo en su guarida.

Y súbito se aleja de su estancia,
Y ansiosa muchedumbre lo rodea,
Y las picas relucen á distancia,
Y á su emir la morisma victorea;
Y al cabalgar, con bélica arrogancia
Va la flor de su gente á la pelea,
Y á un ajimez al dirigir la vista
Vé flotante cendal y se contrista.

De armas y de trompetas y atambores
Lleva en sus alas sonoroso el viento
Á Granada belígeros rumores,
Su confuso estridor al campamento.
La luz se quiebra en vívidos fulgores
De las lanzas al ráudo movimiento,
Y escuadrones envuelve en clara nube
El polvo alzado que ondeante sube.

¿Es el silbar del huracán bravío
Que sus hojas arranca á las florestas
Al terminar el ardoroso estío,
El que fingen cuchillas y ballestas?
Tenaces en rencor y saña y brío
Las huestes chocan, á vencer dispuestas,
Y se suceden haces españolas
Como las olas crecen tras las olas.

De Sierra Elvira alturas escarpadas
Colora el sol cercano al Occidente;
Relámpagos fingiendo las espadas,
Sin desmayar aún lucha el combatiente.
Dispersas, en tropel y derrotadas
Huyen al fin las taifas del creyente
Y Boabdil, que de Alah se inclina al fallo,
Salvarse logra en trotador caballo.

Pueblan, honda inquietud, las azoteas,
Y cariñoso afán los miradores:
Quiere Granada triunfos y preseas
Y espéralos de heróicos campeadores.
Guirnaldas se han tejido en las tarbeas
Con palmas, arrayán, laurel y flores,
Mas todo es miedo, horror, pena, alaridos
Al tornar en desorden los vencidos.

Sus crespones las sombras extendian
En torno del cristiano campamento,
Y á la ciudad muslímica envolvian,
Mortaja funeral hasta su asiento.
Los tristes ayes del dolor se oian
Sin cesar repetidos por el viento:
No vibraba una guzla, el centinela
Estaba al par del moribundo en vela.

El ángel de la noche velozmente
En carroza de nubes se alejaba:
Al clarear la aurora por Oriente
Surgen Generalife y la Alcazaba.
No coronado aún el sol naciente
Bajo un áureo dosel se columpiaba,
La cruz yendo á besar de alta bandera
El tibio rayo de su luz primera.

Ya Hernando del Pulgar el valeroso
Clavó en la aljama—audaz—«Ave María»;
Ya en la fuga cegó su propio foso
Aterrada la infiel caballería;
Ya Isabel fué á la Zubia y el famoso
Alcázar contempló de Andalucía;
Perdió el muslim bombardas y estandartes
Y el cristiano escaló sus baluartes.

Se acerca el fin. Las fuerzas sitiadoras
Que no han de alzar por el terror las tiendas,
Hacen surgir una ciudad en horas;
La fe da nombre á mágicas viviendas.
Con amor y deber y turbas moras
Sostiene Boabdil luchas tremendas:
Profetizó el astrólogo. Su sino
Era perder el sólio granadino.

Abul-Cacim—Wisir comisionado
Por el *mexuar*—obtiene real audiencia. (6)
Don Fernando le dice:—Aunque irritado
Nos tiene vuestra osada resistencia,
Dile, moro, á tu rey *desventurado*
Que una tregua le da nuestra clemencia:
Faltó á la condición antes pactada;
Las llaves quiero en breve de Granada.

La arábiga mansión de Darlarosa,
El campo de Abahul, los Alixares
Baña en rayos de luz esplendorosa
La luna al platear cien alminares:
Como reina oriental, su frente hermosa
Envuelven flotadores almaizares,
Y un astro la precede con misterio
Brillante heraldo al recorrer su imperio.

De Bibarrambla cruzan con cautela
Grupos de conjurados la gran plaza;
Viejo santón que eternizarse anhela,
Los guía entre el halago y la amenaza.
Muchos van y la antigua ciudadela
Se abre al oir: — «Degeneró la raza
Imperante. Boabdil el fementido
No sabiendo reinar nos ha vendido.»

«A defendernos, pues. Amenazado
Está el Islam: la guerra de exterminio
Nuestro suelo feraz ha devastado;
Nos impone el cristiano su dominio.
Levántate,—¡oh mi pueblo,—sublevado
Contra el perjuro! Oid mi vaticinio:
Antes que mengüe la presente luna
Premiará vuestro esfuerzo la fortuna.»

«El águila caudal no debe hambrienta
En su nido morir teniendo garras;
Con su fragor la tempestad alienta.
¿Tribus nunca rendidas por bizarras
Del cautiverio sufrirán la afrenta?
¿Flechas nos faltarán ni cimitarras?
Ganemos libertad, botín y gloria:
Sin luchar no se encuentra la victoria.»

Como lobos cercados de malezas
Que aguardan cazadores y lebreles,
Sobre las almenadas fortalezas
Moros bullen cubiertos de alquiceles;
De prez ganosos, á intentar proezas
Van otros aguijando sus corceles,
Y á semejanza de huracán violento,
Ruge la rebelión en crecimiento.

Arraeces y jeques y cadíes (7)
Seguidos de israelitas mercaderes,
Y prestigiosos sabios alfakíes
Publican sus contrarios pareceres:
«Pueblo fiel, en el triunfo no confíes
—Gritan—¡ay! nuestros hijos y mujeres
Hambrientos, no entreguemos á la saña
De los que ya dominan toda España.»
. . . . . .

Triunfó Moraima: á Boabdil seguían
Sus parciales; la plebe amenazaba;
Al Albaicín guerreros afluían;
Todo era confusión en la Alcazaba;
Al *zogoibí* las turbas maldecían
Cuando el árabe potro espoleaba
Nervioso, demostrando su despecho
El palpitar del oprimido pecho.

«Poderoso es Alah y en tablas de oro
Esculpe el hado lo que Alah decreta;
—Bajando la cerviz, dijo el rey moro:—
Su protección nos retiró el Profeta.
Exhaustos los graneros y el tesoro
¿Qué esperamos? ¿Qué rápido acometa
El cristiano en ataque decisivo
Y que mi pueblo al fin gima cautivo?»

«¿No humillaron de Ronda la aspereza
Los cruzados y altivos campeones,
En Málaga de un genio la braveza,
De Almería y Guadix los torreones?
Señaladme un bastión de tal alteza
En que no hayan clavado sus pendones:
¿La esperanza falaz que os alucina
De Granada se funda en la ruina?»

. . . . . .

2 DE ENERO DE 1492 (897 DE LA HEGIRA)

Ángel que yo invoqué cuando, atrevido,
Sin propias fuerzas comencé mi canto,
Inspírame y sostenme: no extinguido
Arda en mi corazón el fuego santo.
Vate español, no puedo en el olvido
Dejar los hechos del Islam espanto:
Muestra el cuadro magnífico á mi vista
De la ya consumada reconquista.

Mientras plañe el contrario sus reveses
En los reales impera la alegría;
Pendoncillos, dalmáticas, arneses,
Vestes, bandas apréstanse á porfía:
Castellanos están y aragoneses
Mostrando su alborozo y ufanía.
Sólo han de alzarse ya triunfantes cruces
En los moriscos pueblos andaluces.

¿Quién no admira á la Reina victoriosa
Cuya grandeza espéjase en mi mente,
Heroína magnánima y gloriosa
Que no abatió jamás la ungida frente?
Partió de Santa Fe: va jubilosa,
Que ha premiado el Señor su afán ingente:
Sus *flechas* dieron fin á la campaña;
Bajo su *yugo* se unifica España.

El sol majestuoso, con su lumbre
Al ensanchar el horizonte, dora
Del *Xolair* picachos y alta cumbre (8),
Las torres mil de la *Garnahta* mora;
Y su luz al bañar la muchedumbre
Inquieta, alborozada, sitiadora,
Del Católico Rey las sienes quema,
Brillantez aumentando á su diadema.

Diadema en que ha engarzado los fragmentos
Del gran poder que su poder quebranta,
Diadema que enjendrar grandes intentos
Le hizo con su calor, que lo agiganta;
Que alejó del cristiano los tormentos,
Que esplendorosa al musulmán espanta,
Y el signo salvador con gloria eleva
Cuando á Granada—por su bien—lo lleva.

Inolvidable y venturoso día;
No hay quien la vista de la Alhambra aparte:
Ya ha dado la señal su artillería
Y espera otro señor el baluarte:
Truenan ribadoquines, armonía
Con que el Islam saluda un estandarte
Que ya en la vega el vencedor tremola
Deslumbrando al infiel con su aureola.

El de León Comendador, guerrero
Que renombre ganó por sus proezas,
Llegará á los adarves el primero,
Dando á la cruz arábigas grandezas.
Un gran Mendoza—Cardenal severo—
Con aquél se adelanta á sus Altezas:
Brillan de ricos-hombres las espadas
Que de ellos van en pos con sus mesnadas.

¡Pobre Boabdil, rey Chico infortunado!
Su horóscopo fatal ya se ha cumplido:
Vedlo avanzar confuso y humillado;
Como opulento emir no va vestido.
Al ver al sacerdote purpurado
Salta su corazón en un latido,
Y dícele:—Los genios de la guerra
Os dan un paraíso aquí en la tierra.

Y muestra su ciudad, y por la orilla
Del Genil, triste, exánime guiando
Sigue el bridón; jinetes no acaudilla;
Pocos siguen sumisos á su mando;
Confuso ante la reina de Castilla,
Que se afinoje impide D. Fernando
Coronada al mirar tan grande empresa;
Y su brazo Boabdil trémulo besa.

Como joyas, sin par en su valía,
Las llaves de la arábiga Granada
Toma—al rendirle el moro pleitesía—
La Reina más humilde y ensalzada.
En las Torres Bermejas ver ansía
Las enseñas ya flotan, y postrada,
En vez de lauro da polvo á su frente
Glorificando al Dios Omnipotente.

Al Dios de los ejércitos que adora
Y hace que España en su extensión respete,
Al Dios que siempre desde niña implora
Y al que su regia voluntad somete:
Por Él fué de la sangre vengadora
Que enrojeció el raudal del Guadalete.
¡Dios solo es vencedor! Bien lo confiesa
Desde Alahmar la nazarita empresa.

Por la Puerta de Elvira, en que su lanza
Quebró el Sultán de sino tan aciago,
Marcial cortejo triunfador avanza
Á los gritos de «¡España y Santiago!»
Es la realización de la esperanza,
No de ilusión febril cumplido halago:
Publícanlo el sonar de las trompetas,
Del clero el canto y cantos de poetas.

Viendo lucir tan suspirado día
Cautivos campeadores veteranos,
Cámbiase el desaliento en alegría
Y abrazan á sus ínclitos hermanos.
Fuerzas han recobrado en su agonía;
Al cielo elevan sus convulsas manos
Y alzan, pues terminó mal tan prolijo,
El himno del cristiano regocijo.

El claro sol de libertad que brilla
Tras lentas horas de inquietudes llenas,
Es la triunfante Reina de Castilla
Que rompe para siempre sus cadenas.
Dobla, al verla, el anciano la rodilla,
Aclámala el doncel, y de sus penas
Á su gran corazón piden consuelo,
Que su amor maternal es don del cielo.

Vedla sobre hacanea enjaezada;
La majestad en ella resplandece;
Marcha de ricas hembras rodeada,
Mas ¿cuál hermosa ante Isabel parece?
Paso á la Reina dad, que ya Granada
Vacante el solio de su emir le ofrece,
Y dando ensanche á su pensar fecundo
Le hará entrever tras su horizonte un mundo.

Con castillos de oro recamado
Lleva el manto la egregia soberana:
Luce brial y saya de brocado
Con perlas, y joyel de filigrana:
Oculta en los cendales del tocado
Sus contornos cual púdica cristiana:
Como aprendió en beligeras contiendas
Sostiene firmes las moriscas riendas.

En palafrén castaño, aunque fogoso
Obediente á la espuela y á la brida,
Cabalga el Rey que como don valioso
Cimitarra de Fez lleva ceñida.
Le acaricia la sien airón vistoso,
Sobrevesta, de plata guarnecida,
Ostenta, cinturón aljofarado,
Y el manto con armiños aforrado.

Allí el Infante va con faz serena
Que fué armado ante el muro caballero (9),
Los marqueses de Cádiz y Villena,
Y Alonso de Aguilar, de prez guerrero:
Gonzalo cuya fama el orbe llena,
Pulgar el hazañoso aventurero,
Cifuentes que mesnadas acaudilla,
Y los condes de Ureña y de Tendilla.

Y allí viste sus galas la nobleza
Que si lució en los campos por su brío,
Hoy compite gallarda en gentileza
Y alardea pujante en su atavío.
Entre el fausto resalta la belleza,
Los mitrados demuestran poderío,
Y el aire al asordar aclamaciones,
Besa la Cruz y eleva los pendones.

Mujeril muchedumbre sarracena
Mezcla á su sollozar frases impías
—Por contrastar con tan sublime escena—
Tras el algez de espesas celosías.
Mesa su barba el musulmán con pena
Oculto en sus morunas alfagías.
En vez de la oriental lúbrica zambra
Resuenan ya salmodias en la Alhambra.

En la Alhambra, mansión voluptuosa,
De tradiciones y placer tesoro,
Soñada realidad esplendorosa
De mármol, azulejos, cedro y oro.
Asilo en que el espíritu reposa,
Edén risueño, del Islam decoro,
Cuyas torres labraron y mezquitas
Genios occidentales y semitas.

Fueron sus alarifes soberanos,
Sultanas cultivaron sus verjeles,
Con ceñidor de cármenes lozanos
Al placer daban sombra sus laureles.
Allí aun remedan céfiros livianos
Besos de huríes en amor infieles:
Allí susurran brisas perfumadas
Diamantes arrancando á las cascadas.

Caballeros y damas van subiendo
Del murado recinto á la eminencia,
Y ya en la Puerta Judiciaria viendo (10)
Que «no hay fuerza sin Dios»—sabia sentencia—
Músicas y lombardas con su estruendo
Anuncian de los Reyes la presencia:
Hoy es su apoteosis; y al espacio
Vítores van desde el sin par palacio.

Festoneados pórticos de encajes
Á los Reyes Católicos dan paso;
De Gazules, Zegris y Abencerrajes
Allí el poder halló su eterno ocaso.
Brillan los coseletes y ropajes,
Záfiros y esmeraldas entre raso,
Celadas con penachos, y birretes
Á través de los kioscos y templetes.

No lascivos ni bélicos cantares
Se escuchan ya, son cánticos que al cielo
Dirigen al alzar nuevos altares
Los que han logrado coronar su anhelo:
En la soberbia estancia de Comares,
Enfondando un dosel de terciopelo,
—Entre cifras—blasón bordado impera.
¡Gloria á Fernando y á Isabel primera!

Es la fiesta solemne en que el cristiano
Acude al santuario, reverente,
Postrándose ante el Niño sobrehumano
Que adoraron los Reyes del Oriente;
Éllos de cielo y tierra al Soberano
Con dones expresaron su fe ardiente:
Hoy dos monarcas al seguir su ejemplo
Truecan celosos la mezquita en templo.

¡Pobre rey Chico de infeliz renombre!
¿Qué fué de tu gentil hueste bizarra?
Tus hijos mismos cambiarán de nombre (11);
Sube, trepa veloz por la Alpujarra.
—Llórala cual mujer, pues como hombre
No supiste empuñar la cimitarra.—
Su madre exclama:—Tu Granada mira.—
Boabdil la ve, detiénese y suspira.

Acércase el wisir que lo acompaña
Y apenado murmura:—¡Estaba escrito!—
Y el *zogoibí* cruzando la montaña
Prorrumpe en su aflicción:—¡Hado maldito!—
Su fiel esposa cuyo rostro baña
Llanto que hondo pesar muestra infinito,
—¡Dios sólo es vencedor!—dice:—Lo expresa
Bien ¡ay! desde Alahmar la noble empresa.—

Madrid, abril de 1880.

NOTAS

(1) Alahmar, hijo de Nazar, fué el fundador de la dinastía que imperó en Granada y apellidóse Nazarita. Fué armado caballero por San Fernando, de quien era tributario. En una de sus salidas contra cristianos volvió victorioso y sus vasallos lo aclamaron *ghaleb* (vencedor), á lo que contestó: *Wé le ghaleb i lé Allah* («Dios solo es el vencedor»). Desde entonces esta fué la divisa de los emires granadinos, y repetida se ve en sus monumentos, como puede observarse en todos los relieves y mosáicos de la Alhambra.

(2) *Almunias* llamaban á las huertas, como cármenes á los predios en que fructifican viñas.

(3) *Aleyas*. Versículos del Corán.

(4) *Alhamías*. Especie de alcobas abiertas en los muros, donde colocan sus lechos los musulmanes.

(5) *Zogoibí* (Desventurado). Así fué apellidado Boaddíl desde que los astrólogos, al sacar su horóscopo, dijeron que durante su reinado se perdería el imperio, por cuya causa lo aborreció su padre Mu-

ley Hacem, originándose de aquí las graves disensiones que precipitaron la ruina del poder islamita andaluz.

(6) *Mexuar*. El Consejo al cual consultaban los emires ó príncipes reinantes.

(7) *Jeques* y *Cadíes*. Ancianos respetables y Jueces.

(8) *Xolair*. Sierra Nevada.

(9) Fué armado caballero el infante D. Juan de corta edad, delante de los muros de Granada por su padre el Rey Católico, al llegar hasta allí estragando la tierra para privar de mieses la vega, antes de poner sitio á la plaza.

(10) Puerta Judiciaria, ó de la Ley, en que un Cadí administraba justicia, según el uso oriental. En la clave del arco aparece una robusta mano que quizá sea el símbolo de la fuerza, ó bien el geroglífico que manifiesta el poder de Dios y los cinco preceptos alcoránicos. En los capiteles de las columnas se leen alabanzas á Alah y su Profeta y que «No hay fortaleza sin Dios.»

(11) Sus únicos hijos conocidos en la historia se apellidaban Cad y Nazar. Apadrinados por los reyes, llamáronse luego D. Fernando y D. Juan de Granada, siendo progenitores de ilustres familias.